José Zorrilla

El cantar del romero



GENIO MALIGNO

JOSÉ ZORRILLA

El cantar del romero

GENIO MALIGNO

El cantar del romero, de José Zorrilla.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_cantar_del_romero. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

El cantar del romero

El 27 de septiembre de 1882, harto de andar en Madrid tras de mi todavía no acordada y prometida pensión; harto de zarzuelas sin música y sin poesía, de toros muertos a volapié después de diez pases de pecho, diez de telón, diez arrastrados y diez y siete incalificables, por celebridades taurómacas, para quienes fueron niños de teta desde Romero y Costillares hasta Montes y el Chiclanero; harto de los berridos de gañotillo, los meneos de lupanar y los salvajes pataleos de lo que se llama *cante y baile flamenco*; harto de todo el gárrulo ruido de discursos, y guitarreos y del ardillesco movimiento y bárbaro tecnicismo de lo chulo que hoy priva, y harto, en fin, de timadores, espadistas y rateros sueltos, todo lo cual compone la espuma del vicio tolerado por la justicia y mimado y celebrado y caído en gracia por los que creen que la gracia constituye la base del carácter de nuestro pueblo y que los españoles somos el más gracioso del universo, me acordé de una invitación que de tiempo atrás me tenía hecha mi amigo Manuel Madrid, de ir a pasar unas semanas en su solariega de Asturias, me salí de Madrid sin decir esta boca es mía, y del tren de Santander descendí en Torrelavega, donde atrapé la vetusta diligencia de Santander a Oviedo, y en el pescante de tan desvencijado vehículo di

conmigo en Vidiago, lugarejo que por mitad divide el camino real pocos kilómetros antes de cruzar a Llanes.

En Vidiago tenía mi amigo su casa; y desde el primer día de mi estancia en ella, comenzó a gustarme la pintoresca situación del pueblecito de Vidiago, entre las montañas y el mar, cuyo móvil y azulado lomo, cuya espuma y cuyo rumor se percibían desde los balcones de mi aposento. En cuanto el tiempo nos lo permitió, comenzó mi amigo a darse el placer de enseñarme su tierra, y yo a encantarme recorriendo aquellos montes cuajados de seculares encinas y robustísimos castaños, aquellos maizales sonorosos, tendidos como tapices en las hondanadas de los valles, aquellas rocas escarpadas y cortadas a pico sobre aquel mar rara vez en calma y aquellos horizontes rematados por un lado en el círculo del agua y por el otro en apilados montes cuyas espaldas parece que guarden los embreñados *Picos de Europa*. Desde lo alto de aquellos derrumbaderos, veíamos el puertecito en miniatura de Llanes, patria y solar de los Posada Herrera, los peñascos de Covadonga, las avanzadas rocas que resguardan la regeneradora Comillas, hoy viuda de su opulento regenerador, y hasta la punta en que se destaca el faro de Santander sobre el giganseco mogote de Santoña, envuelta en la bruma, último término de tan inmenso cuadro.

Allí respiré, a pleno pulmón, un aire vivificador, perfumado con el olor de las agrias manzanas, los acres nogales y los frescos castaños, y cargado de las salinas emanaciones del mar. Comenzó mi amigo a mostrarme los fenómenos geológicos de aquellos peñascos cuajados con hierro y carbón de piedra, aquellos páramos de riquísimos pastos y aquellos pueblecillos metidos entre árboles, cuyas casas blancas diseminadas sin orden entre su verdura parecen, desde lejos, palomas anidadas y corderos recostados entre

la yerba. Aquella paz tranquila de la campesina vida, sin robos y sin quimeras, aquel continuo y pausado paso de las carretas chirrionas de ruedas sin rayos, aquellos cantares melancólicos de los pastores y las labradoras que limpian los maizales y recogen las mazorcas, aquellas frescas y rollizas muchachas, coloradas como las manzanas de sus pomares, aquellos viejos con sus monteras de pico y con sus ruidosas almadreñas, aquella gente franca y cordial que me saludaba sonriendo, sin asombrarse de mi legendaria perilla ni de mi facha tan diferente de su pintoresco traje, me trajo más de una vez a los ojos lágrimas de envidia a su vida pacífica y patriarcal.

Poco a poco fuí sondando aquella capa de poesía y al apercibirme de la realidad que bajo de ella fermentaba, lamenté que el error, la preocupación y la rutinaria costumbre les impidiera convertir su pintoresca tierruca en el más rico paraíso. Si el progreso y el confort modernos hiciesen de Asturias una Suiza española, y aquellos sombríos y opulentos hijos de Albión pudieran, como lo desean, venir a ella como vienen sus barcos a sus puertos seguros de hallar albergue cómodo, sería aquélla una deliciosa jira de veraneo; y allí se quedaran tal vez y a la larga, a pesar de la moda y de la ruleta, los centenes españoles que se quedan en Biarritz y en Spa en compañía de las inglesas esterlinas.

Pero dos manías tiene aquella buena gente, que contribuyen a su pobreza y despoblación. Una es la de ser cosecheros de un maíz que les cuesta doble del que les costara el importado de américa, en lugar de volver a ser ganaderos como sus abuelos, y otra la de enviar a sus hijos a hacerse millonarios a Cuba y a Méjico; de donde vuelven tales, uno de cada diez mil, ricos, tres o cuatro y los demás, o se casan allá, o mueren víctimas del

trabajo o de los vicios, en aquel país del oro y de las fiebres, de las locas especulaciones y los desatinados, inútiles e inconcebibles despilfarros.

El ejemplo de algunos, cuyo trabajo coronó allá de oro la fortuna, hace que cuantos tienen hijos allá les envíen casi niños y en ellos funden la esperanza de una riqueza que rara vez logran. ¡Cuántas madres ya viejas se me han lamentado de que sus ingratos hijos no las envían ya ni lo suficiente para vivir en la más sórdida estrechez! Pero ¿saben, acaso, aquellas madres si viven los hijos de cuya ingratitud se quejan? Y entre tanto, ¿en quién esperan tantas mujeres sin marido para seguir poblando aquella madre tierra, la mitad de cuyos hijos se echan al mar mientras la otra mitad tiene que acudir a la voz de la patria que para soldados se los pide?

Basta de esto: por más que me apesaren y me importen los errores de mi patria, cúmpleme a mí solamente, trovador vagabundo del siglo XIX, convertir en poéticas leyendas sus glorias y desventuras. De las breves relaciones que anteceden, tiene origen mi Cantar del Romero: la voz de una muchacha me la hizo concebir al son de su pandero, y la vista de un fenómeno natural, del que en aquellas costas llaman *un bufón*, me la hizo determinar y extenderla en este libro. Escribíle yo con el solo intento de dejarle inédito para deleite de aquel amigo mío, que rarísima vez lee versos, y de aquellas muchachas que el cantar del romero me cantaron y a quienes yo quería que en mi ausencia se le leyeran unos hermanos Bustamante, a los cuales quiero yo mucho y que aquellas muchachas cantadoras me reunían para que sus cantares estudiara.

Pero al salir de Vidiago me detuvo en Torrelavega y me hospedó en su casa el propietario de *El Cántabro*, don Genaro o Perogordo, a quien en Méjico conocí y donde por mí no dudó ponerse lealmente de mi parte en

un trance un tanto difícil. Español de corazón, allá sacó sin miedo la cara y hoy sigue lidiando en su *Cántabro* por los intereses de España, y a mi paso por Torrelavega, se prendó por ceguedad de amigo de mi leyenda, ofreciéndose a imprimirla. Por fin, en Santander, don José M.ª de Pereda, escritor notabilísimo, a quien puede llamarse Walter Scott de la Montaña, con quien hice allí conocimiento y con cuyas obras me he familiarizado hasta tenerlas por solaz continuo, y alguna a la cabecera de mi cama para ahuyentar de noche las visiones de mis tristes recuerdos y acallar los remordimientos de mi insomne conciencia, se empeñó en que la diera a luz, para hacerme la honra de pedirme su manuscrito.

He aquí la historia de mi Cantar del Romero y la razón de por qué la he dado a luz: y si llegara a hacerse popular en Asturias, y si por su lectura pudiera corregirse su gente de la manía de la emigración a América, y mi amigo de Vidiago no olvidarme y Pereda encontrar mi leyenda impresa tan a su gusto como le pareció, en la rápida lectura de mi manuscrito, bastará para que yo no me arrepienta de haberla impreso.

José Zorrilla.

Mayo, 30-83.

El cantar del romero

INTRODUCCIÓN

* * *

EL BUFÓN DE VIDIAGO

I

Vuelve a surgir, inspiración dormida,
en el fondo de mi alma fatigada,
sobre los desengaños de la vida
y ante su fin ya próximo... la nada.
En tu pulmón la voz enmudecida
busca y tu fuerza juvenil pasada,
y ven antes que el tiempo se me huya
y el hálito vital se me concluya.

Lo sé: los años sobre mí se apilan:
ya abre ante mí la eternidad sus puertas;
sobre la tierra ya mis pies vacilan:
mis oídos ya torpes y ya inciertas

mis miradas están: ya se aniquilan
mis fuerzas corporales: pero aún vive
la fe en mi alma; en mi cerebro aún arde
esa chispa del sol, la inteligencia,
emanación de Dios; que de ÉL recibe
el poeta de fe que a Dios concibe;
que en el hombre de fe se nubla tarde
y se apaga no más con su existencia:
porque Dios a su espíritu la adhiere
con la inmortalidad, y a su presencia
ya con el alma cuando el cuerpo muere.
Y aún vive en mí, fermenta todavía
y en mi caliente corazón se esconde
esa honda fe que por doquier me guía,
y aun a la voz de la alma poesía
mi independiente corazón responde.

Aún vive: siento aun y aun oigo y veo
por donde fijo la insegura planta
la faz de Dios y su presencia santa,
de negarle o no verle nunca reo:
hoy que la tierra en mi vejez paseo,
sus maravillas ante mí levanta;
y poeta de Dios, porque en Dios creo,
mi inspiración sus maravillas canta.

El cantar del romero

II

Ábrete, pues, ¡oh sésamo!, que encierras
el geniecillo ruin y microscópico
que conmigo cruzó mares y tierras
desde la Alhambra hasta la mar del trópico.

Sal, atómico ser, sal de tu sueño:
rompe la leve cáscara del grano
de sésamo en que estás, átomo enano,
de los ingenios de hoy el más pequeño.

Sal y el viejo laúd toma en la mano;
pero vuelve gentil, ágil, risueño
como en el tiempo viejo, aún no en olvido,
cuando ibas por mitad cristiano y moro,
la cruz al pecho y de alquicel vestido,
cantando a Dios y despreciando el oro;
cuando, de audacia y de locura ejemplo,
salmodiabas los versos del poeta,

lo mismo al son del órgano en el templo
que al son de la morisca pandereta.

Sal, genio mío, ven: te necesito:
ven conmigo a asomarte a un agujero,
por do el poder de Dios que veas quiero
en un rincón de Asturias donde habito:
ven no más a escuchar un son, un grito,
un baladro, un bufido, un algo fiero
y encantador al par, santo y precito
tal vez; que nada siendo, es algo empero
como huella de Dios, casi infinito.

Algo compuesto de agua, luz, espuma,
ímpetu, ruido, fuerza y movimiento,
que debe hoy escribir mi vieja pluma
y tú cantar con tu postrer aliento:
y este algo misterioso, indescriptible,
aéreo y corporal, sólido y hueco,
frágil y recio al par, inconcebible,
del cual vamos a hacer algo legible...
un poema tal vez... no es más que un eco;
mas ten presente, geniecillo loco,
que un eco siempre es algo, aunque es muy poco.

¡Ea, pues, geniecillo que me inspiras,
a ver cómo de un eco en torno giras!
¡Sus! Tus alillas ágiles despliega,

recorre desde la alfa hasta la omega;
tu vuelo es libre, tu labor sin coto;
con la palabra y con la idea juega;
discurre, inventa, trama, afirma, niega,
canta, cuenta, salmodia..., arma alboroto,
hasta que ese eco que a rumor no llega
sea el de un huracán o un terremoto.
Prueba a Asturias que puedes todavía
un eco en sus breñales escondido
convertir en raudal de poesía
y en un recuerdo de hombre agradecido.

Mas al hablarla de él..., ¡por vida mía!
no vayas indiscreto o distraído
a alardear de saber mitología.
Asturias es romántica y cristiana:
salvó a Europa de ser mahometana;
y tierra en que es santuario Covadonga,
su creencia y recuerdos no prolonga
hasta los mythos de la edad pagana.
No hables aquí de Ninfas: las de Grecia
no llegaron aquí: la Ninfa Eco
pasa aquí, con razón, por una necia,
que habló sin ton ni son y siempre en hueco.
Como Ninfa y Deidad la adoró Roma,
que adoró a todo Dios: pero se opina
aquí que Grecia la admitió, una broma

por dar a Roma, en la mansión divina.

Eco fué Ninfa: más, sin forma humana,
hizo sólo en pinturas de persona;
y como Ninfa huera y casquivana
la aceptaron, de buena o mala gana,
desde el Areópago a la Sorbona.
Fué Ninfa, sí; pero la más perdida;
Divinidad rastrera y rezungona,
sin dar la cara se pasó la vida
por cuevas, subterráneos y rincones
para escuchar a todos escondida,
cortando por doquier conversaciones,
metiéndose con todos en cuestiones
y en divertir a tontos divertida:
y como, impertinente y holgazana,
repetir nunca supo más que un trozo
de una frase final, en la lejana
cavidad de una bóveda o de un pozo,
ya ni la poesía aquí la abona.
No hables, pues de esa Ninfa charlatana,
aquí no quieren gente respondona;
y sabe la católica asturiana
que ante la Cruz que el Gólgota corona
a las Ninfas ahogó la fe cristiana.

Aquí el eco no es más que un ruido, seco
o prolongado que, de voz humana

u otro son, se repite en algún hueco.
El eco que fué Ninfa muerto yace:
con que no hablemos más de esa villana,
y ven el mío a oír; que es un son vago,
que en las entrañas de la tierra nace
entre liquen, adelfa y jaramago,
que en dormir en un antro se complace,
y que en vapor y estruendo se deshace
en la asturiana costa de Vidiago.

El cantar del romero

III

Vidiago es una gárrula aldehuela
donde un pueblo entre céltico e ibero,
franco, trabajador, sobrio y sincero,
suda en verano y en invierno vela,
labrador, traficante y ganadero:
y del sudor y afán del año entero
los domingos alegre se consuela,
bailando al son del árabe pandero
y al compás de la etrusca castañuela.

Vidiago es el lugar donde tranquilo
después de una existencia consumida
en inquietud y afanes sin medida,
que allende de la mar nos tuvo en vilo,
con la vida en un tris, la alma en un hilo
y la esperanza de volver perdida,
un amigo leal del tiempo viejo

volvió al paterno hogar en pos de asilo,
paz, pan, lana caliente y vino añejo;
cosas que ayudan a esperar sin pena
al fin de vida mala muerte buena.

A este amigo leal, que como hermano
me quiere y trata y como tal le tengo,
se me antojó venir este verano
a ver en la mansión de su abolengo:
y como él es un hombre de buen juicio
y yo un loco de atar desde *ab initio*,
antes de que la tumba se nos abra
vine a pedirle y darle, por si dejo
antes que él de vivir, su buen consejo,
mi último adiós y mi postrer palabra;
pues habiendo los dos vivido tanto,
ya al despedirnos suponer debemos
que sus consejos él me da postremos
y yo que alzo en su hogar mi último canto.

Su hogar, palacio señorial un día
y hoy albergue por mí del dulce encanto
de la amistad, la fe y la poesía,
se eleva al par de gigantesca roca
que ha socavado el mar; en cuyo hueco
cien metros tierra adentro abre una boca,
donde cuando pacífico le evoca,
de su manso rumor despierta un eco.

Este eco, de su alcázar no lejano,
de mi balcón los vidrios estremece
cuando, al crecer de noche el oceano
con la marea equinoccial, parece
que se viene la mar sobre la tierra;
el eco de su caverna se enfurece,
y al viento contra el mar llamado a guerra,
amedrenta la costa y la ensordece
con bufidos de son tan pavoroso,
que turban de los pueblos el reposo.

Mas cuando el mar azul en calma duerme
y humilde el pie de los peñascos lame,
el eco yace en la caverna inerme
sin responder aunque la voz le llame.
Eco que asorda la comarca entera,
no del hombre a la voz sale al encuentro;
sólo habla con el mar cuando se altera,
ruge a impulso del mar de dentro a fuera,
no responde jamás de fuera adentro.
Yo le he ido a buscar: en el embudo
de piedra en que la mar boca le cava,
me asomé y le llamé: mas se hizo el mudo,
porque era yo, no el mar quien le llamaba.

A este eco altivo y de desdén sultánico,
para que en él a reposar se acoja
después de su periódica pelea,

el mar, que es como Dios, un gran mecánico
labrar un grande alcázar se le antoja,
y en él trabaja con afán titánico
empleando el poder de su marea.
Y aquel calcáreo gigantesco embudo
que un día fué no más un agujero
áspero, tosco, desigual y rudo,
es calado marfil, es chal ligero,
obra de aguja y de cincel agudo;
blonda de piedra, berroqueño encaje
tendido encima de peñón roquero,
filigrana sutil, labor de pluma
tejida por el mar con su oleaje,
con su acre sal y disolvente espuma.
Y el mar, que es además un grande químico,
descompone la roca y la rebaja,
la tornea, la ahueca y la trabaja
como pudiera artífice muslímico,
rumano, índico o godo; y la alicata
la dentella, la comba, la maquea,
la retuerce, la riza, la dilata,
la acanala, la istría y losangea:
sutil, cada partícula caliza
con sus sales disuelve o pulveriza;
y quitando y dejando donde importa
ya lo esponjoso, lo arenisco y blando,

ya lo duro y silíceo, y avanzando
en su trabajo sin cesar, recorta,
perfila, aguza, redondea, cuadra
y carcome la piedra y la taladra;
transforma, en fin, la roca, improvisando
primores mil de talla en su haz salvaje,
sin que la desmorone ni la raje
el ímpetu del agua; ya que brote
del cráter o del mar, ya suba o baje,
mane, esculle o con ímpetu rebote.

El alma del mortal contempla absorta
las maravillas que el capricho aborta
del agua en su labor, sin que se agote
la original y rica fantasía
de su trabajo secular: y espanta
ver cómo en él solícita adelanta,
y a su antojo fantástico modela
la peña, la abrillanta o la apomaza,
la esmerila, la pica o la cincela;
y en sus relieves incansable traza
repisas, ornacinas, doseletes,
nichos, estalagmitas, rosetones,
miles de inverosímiles juguetes,
miles de inconcebibles invenciones.

Y aquel como invertido y trabajado
con labor tan sutil y complicada

que comprender a quien la ve no es dado,
que turba la razón y la mirada,
que ni el loco mayor nunca ha soñado
en su mayor delirio, es la portada
del cóncavo palacio en cuyo hueco
duerme alojado por el mar mi eco.

Y he aquí con aire y mar lo que sucede
cuando el trabajo de ambos verse puede.

El cantar del romero

IV

Este eco juguetón, hijo intranquilo
del aire, que del agua va envidioso
dentro del hondo socavón asilo
a buscar cuando el agua está en reposo,
susurra intermitente, rumoroso,
cual manantial oculto que hilo a hilo
se oye apenas manar dentro de un silo;
y su son subterráneo y misterioso
la atención de quien le oye tiene en vilo.

Es que su padre el aire, que le crea
de la boca de piedra a la salida,
de la boca en el fondo se recrea
en hacerle bullir y juguetea
con él, y en una hebra de su aliento
le mece, le columpia, le cunea
con un murmullo igual y soñoliento.

Una brizna silvestre que, prendida
su raíz al peñón, flexible ondea
con aquel flébil hálito menea:
y el eco con la voz adormecida
entre vigilia y sueño se estremece,
y a intervalos despierta y se adormece;
y turba a quien le escucha, y le marea
con la aprensión de cosa indefinida;
pues parece la boca chimenea
de algún laboratorio en que se anida
algún gnomo, que está con mala idea
trabajando en labor desconocida.

Este eco, empero, caprichoso, extraño,
vario y falaz como mujer coqueta,
finge dormir con malicioso engaño
móvil siempre y sin pie como veleta:
pues cuando más halagador arrulla,
móvil esclavo de la mar inquieta,
en cuanto siente que la mar murmulla
a la boca exterior del subterráneo,
ante el mar que se encrespa se levanta,
y con ímpetu al suyo simultáneo
se sacude con ímpetu instantáneo:
y al que le oía entretenido espanta
el ruido inesperado del embite
repentino del mar, que en su garganta

de piedra el eco del cavón repite.

El cantar del romero

V

Es que las ondas de la mar agita
ya la marea equinoccial que avanza:
es que el mar, que sus olas necesita
extender o romper, con infinita
creciente progresión sus olas lanza
más altas cada vez contra la roca;
y allí abre al mar el socavón su boca,
y allí el oleaje al socabón alcanza,
y el mar al eco con su voz provoca:
es que ya entre aire y mar la lid estalla,
y es que el aire que ocupa la caverna,
la defiende del mar: por lo que eterna
es del agua y el aire la batalla.

¡Ya la lid se trabó! Ya la marea
se desborda en la cueva: el aire grita,
silba, gime y tenaz puja y jadea

prensado sin cesar: el mar se agita
cada momento más: toca, rodea
y asalta el antro; de encontrar se irrita
al aire en el cavón: con él pelea
bajo la tierra: embravecido ondea,
y olas sobre olas al echar se comba,
y llena el socavón de espuma y ruido:
el eco, entre agua y aire comprimido
cual de prensa neumática en la bomba,
su hálito arrullador convierte en tromba,
su flébil son en infernal rugido.

Bufa el aire furioso: el mar rebrama
y ondas tras ondas en su auxilio llama:
montañas de agua sobre el aire arroja:
él reventando de furor se esprita:
dobla su empuje el agua: el aire afloja
sintiendo que, por fin, se debilita,
y muge con hondísima congoja:
pero por más tenaz que forcejea,
el agua de delante se le quita,
y él pro la encañonada chimenea,
fugitivo huracán, se precipita.

¡Dios! Por el fondo del calcáreo embudo
de ciclones con fuerza estremeciendo
la mole inmensa del peñasco rudo,
aire y eco a la vez salen rompiendo

de la atmósfera el tul en cien jirones;
haciendo al desgarrarla más estruendo
que el que harían rugiendo cien leones,
cien ballenas un golfo revolviendo
y reventando a un tiempo cien cañones.

De darle con inútil esperanza
caza en el viento, tras del aire lanza
gigante surtidor de agua en espuma
furioso el mar; pero en su altura suma
de su empuje a pesar ya no le alcanza:
y él, vuelto ya de su pavor, se engríe
y, en lo alto, de él y de su afán se ríe.

Entonces, alardeando por despecho,
despliega el agua espléndido penacho
de opalino cristal y perlas hecho,
que en cada grieta cóncava o picacho
saliente, punta ruin o áspera escama
del cóncavo peñasco, desparrama
rizo, madejas, cintas, trenzas, blondas
y velos mil sin adhesión ni trama;
cuyos hilos fugaces culebrean,
y van a reunirse con las ondas
del socavón por el conducto estrecho,
en donde serpenteando burbujean,
sin conseguir jamás hacerse lecho.

El aire, que la siente bajo tierra
tornarse hirviendo al mar tras la resaca,
detrás del agua al socavón se arroja;
vuelve otra vez a provocarla a guerra:
otra vez del cavón la desaloja
ella: él entra otra vez: otra le saca
el agua y otras mil... y no se aplaca
de aire y agua la horrísona pelea
de la caverna en el peñasco hueco
hasta que se retira la marea,
y vuelve, al fin, del socavón ya seco
a apoderarse el aire con el eco.

El cantar del romero

VI

Y vuelve a oír quien a escuchar se inclina
al cono, por el mar filigranado
como un joyel precioso colocado
bajo una recamada muselina,
cómo el aire del antro enseñoreado
en aspirar ufano se recrea
del agua, inmóvil ya, la ventolina
tenue y fugaz, bajo la cual no ondea:
y engreído, el cavón porque domina,
aun bufa por lo bajo y aletea:
y la brizna flexible que se inclina
enraizada en el peñón menea
y con su tallo móvil juguetea:
mientras, sin miedo de la mar vecina,
el eco imitador bufa y bravea
otra vez susurrando a la sordina,

y escondido en el fondo de la mina
con la brisa y el agua coquetea.

El cantar del romero

VII

CONCLUSIÓN (Vidiago, 23 de septiembre de 1882)
Llaman a esto *un bufón* aquí en Vidiago
porque bufa, en verdad, y estruendo mete
que da pavura y amenaza estrago:
a mí nombre poner no me compete
a las obras de Dios: lo que aquí hago
es venir a adorar a este boquete
al Dios para quien es la mar un lago,
y este extraño fenómeno un juguete.

El cantar del romero

PRIMERA PARTE
IDA

I. EL CANTAR

Asturias es una tierra
no estudiada todavía,
cuya virgen poesía
porvenir próximo encierra.

Si un Walter Scott brotara,
cuya ciencia escrutadora
su comarca encantadora
con su genio escudriñara,

mal sufriera el parangón
la isla hermana de Inglaterra
con esta enriscada tierra
de la fe y la tradición.

Aquí tuvo España cuna:
desde esta costa marina
descendió la Cruz latina
a apagar la media luna.

Desde aquí, fulgor de rayo,
la luz de la Fe prolonga
hasta Tánger, Covadonga,
hasta Isabel, don Pelayo.

De Asturias en el rincón,
entre su sierra y el mar,
siete siglos al pasar
dejaron su tradición;

y de sus glorias archivo,
es del pueblo la memoria
la tradición de su historia
el manantial primitivo.

Aquí al pie de los altares,
fe, amor, valor e hidalguía
dejaron la poesía
de los cuentos populares:

y de fe y superstición
mezcla, y de gozo y tristeza,
aquí cuenta la cabeza
sus sueños al corazón.

Y el corazón, con fe sana
orando a Dios, se extravía
en pos de una poesía
de alma inspiración cristiana,

pero envuelta entre la niebla
de la céltica y la goda,
con que su comarca toda
de viejos fantasmas puebla.

Yo he venido tarde aquí;
ya mi inteligencia vaga,
con la oscuridad se apaga
de los años que viví.

No puedo ya en las pavesas
del viejo romanticismo
animar para mí mismo
sus baladas montañesas;

pero tras de mí vendrá
un Walter Scott de Asturias
que el polvo de las centurias
por mí vivificará:

y a España ha de dar asombros
ver brotar de sus entrañas
lo que encierran sus montañas,
lo que encierran sus escombros.

Yo, que ya no puedo ver
ni tan hondo ni tan largo,
a evocar de su letargo
voy una imagen de ayer.

Imagen encantadora
de una mujer, que vivía
no ha cien años todavía,
donde estoy viviendo ahora.

Vagando por los breñales
de la costa de Vidiago,
la hallé entre su jaramago,
sus líquenes y endrinales.

Su leyenda está impregnada
de ese vago misticismo
en que envuelve el cristianismo
al Hada de una balada.

La mía era una mujer:
mas tan diminuta era,
que de Hada se la pudiera
dar por su tamaño el ser.

Una gentil criatura,
en sus contornos correcta
y en proporciones perfecta,
mas mujer en miniatura:

cuanto puede ser pequeña
la mujer sin ser enana,
blanca cual copa de lana,
como una corza cenceña,

era un dije, era un primor,
un juguete con aliento
alma, vida y movimiento:
capricho del Criador.

Sus dos manos dos jazmines
eran, y sus pies enanos
compañeros de sus manos
bailaban en sus chapines.

Era oronda y encarnada
y rubia como una poma:
su aliento exhalaba aroma
cual si tuviera arraigada

una mata de azucenas
en sus entrañas: sus ojos
brotaban chispas de antojos,
su voz ahuyentaba penas.

Cantaba que era un encanto:
no había viejo ni mozo
que embebecido de gozo
no la escuchara su canto;

pues aunque rica, ella era
quien el pandero cogía
siempre y quien bailar hacía
a la gente en la bolera:

y en empezando a cantar,
en todo el alrededor
no quedaba un labrador
que no viniera a bailar.

Tenía un cantar y un son
que ella a su antojo variaba,
que cuando ella lo cantaba
encantaba el corazón;

y había en aquel cantar
tan honda melancolía,
que a algunos ojos hacía
las lágrimas asomar.

Era un cantar de sentido
oscuro e incoherente,
de esos que *saca* la gente
del vulgo poco instruído,

y en los que no entran por nada
ni las reglas ni el talento;
mas que hijos del sentimiento
son de un alma apasionada.

Era, en suma, una canción,
cuya palabra y sentido
a escuchar por el oído
se subía el corazón.

Canción que de profecía
con vago presentimiento,
despertaba un pensamiento
melancólico, y decía:

CANTAR DEL ROMERO

O vuelve o me muero
de afán y dolor

Arriba brotan las flores
en las ramas del romero
y Dios las da miel y olores:
del cielo tiene sabores
la miel del amor primero.
Adiós, dueño mío, flor de mis amores:
si allende los mares te vas, yo te espero
en tiempos mejores.
Arriba la flor,
abajo el romero,
la abeja en redor;
yo así darte quiero
la miel de mi amor.
¡Allende los mares ve en paz, que te espero!

¡Adiós, dueño mío, mas vuelve o me muero
de afán y dolor!

II

Te vas y volver me juras:
no olvides tu juramento:
mas mira cómo procuras
cumplir lo que me aseguras;
no lo escribas en el viento.
¡Que Dios, dueño mío, te dé allá venturas!
¡Te vas y me dejas sin luz ni contento,
llorándote a oscuras!
La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor:
yo así darte quiero
la miel de mi amor.
Si allende los mares te vas, yo te espero.
Adiós, dueño mío; mas vuelve o me muero
de afán y dolor.

III

Mas si todo se te olvida...
¡sea lo que Dios disponga!
cuando yo pierda la vida,
que cuentas por mí te pida
la Virgen de Covadonga.
¡Adiós: y si un día por ti soy vendida,

que Dios de volverme la fe prometida
la pena te imponga!

La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor:
yo así darte quiero
la miel de mi amor.
Si allende los mares te vas, yo te espero:
¡Adiós, dueño mío; mas vuelve o me muero
de afán y dolor!

Ella sola este cantar
con esta letra cantaba,
pues ninguna otra acertaba
a entonarle en el lugar:

porque ella sola sabía,
con flexible donosura,
quebrar aquella cesura
que holgaba en la poesía:

y en su boca nada más
para el alma y el oído
tenía el cantar sentido
son, sentimiento y compás.

Mas cantaba rara vez
tal cantar ante la gente;
cantábale escasamente

una semana entre diez:

porque al lanzarle en el viento,
cambiaba de ser y humor
y en tórtola el ruiseñor
y el trino alegre en lamento.

Fuera del instante aquel,
risueña, inquieta, habladora,
como una alondra canora,
suelta como un cascabel,

como una corza ligera
y alegre como un jilguero,
movía con su pandero
toda la comarca entera.

Derramaba la alegría
por doquiera que pasaba;
se atraía a quien hablaba,
embobaba a quien la oía,

y se espritaba la gente
por venir a oír y ver
a aquel primor de mujer
de Llanes a San Vicente.

Era el hada del lugar,
dábale ella vida y ser,
y alguien de él la llegó a ver

como al ángel tutelar.

No puede mi vieja pluma
pintar, en fin, tal primor:
conténtate, pues, lector,
con saber que ella era, en suma,

tan querida por preciosa,
que la gente campesina
la llamaba Marifina,
Mariperla y Mariposa.

El cantar del romero

II

Su padre, hombre acaudalado,
noble y rico, en cuya raza
ni hay de bastardía traza
ni siervo que haya pechado,

tiene a su puerta un blasón
con casco de lambrequines,
y un par de buenos rocines
con silla y caparazón.

Tiene en un arca dos cruces
en el servicio ganadas,
y un par de buenas espadas
con un buen par de arcabuces.

Tiene de onzas españolas
un ciento siempre en un saco,
y cuando monta en su jaco

lleva un buen par de pistolas.

Orgulloso de su nombre
y haber con el Rey andado,
anda siempre bien portado
y se las echa de hombre.

Mas no se venga a juzgar
por tal porte y atavío,
que era altanero y bravío
ni mal quisto en el lugar.

La gente de Asturias toda
por antigua hace cabeza,
blasona de alta nobleza,
fe sin tacha y sangre goda:

mas como el tiempo la escuda
y Covadonga la abona,
con buen derecho blasona
de cristiana y linajuda.

Y cada villa y lugar,
de alta nobleza con fueros,
tiene en estos caballeros
Garcías del Castañar.

Por eso este labrador
en Vidiago acaudalado,
andaba un poco engallado

y puesto en puntos de honor.

Especie de quijotismo
o pueril fanfarronada,
sólo por darse adoptada
satisfacción a sí mismo,

esto era costumbre en él,
por decoro personal
de hombre que hizo y no muy mal
en la corte su papel;

pero era el hombre mejor
de aquella parroquia entera,
capaz de hacer a cualquiera
sin vacilar un favor.

Cedía, carácter vivo,
a geniales prontitudes;
mas tenía las virtudes
de franco y caritativo:

con que, para todos franca
su casa a puertas abiertas,
tal vez no había en sus puertas
llave, cerrojo ni tranca:

de modo que armado andar,
era no más, a mi ver,
afán de dar a entender

que podía armas usar.

Y en aquella tierra honrada,
de robos y desafueros
exenta, en los caballeros
era un adorno la espada.

Y ese hidalgo, que tenía
Noriega por apellido,
era un modelo cumplido
de lealtad e hidalguía.

De cariño de ordinario
más que de respeto objeto,
capaz de imponer respeto
era a cualquier temerario:

mas benévolo y cordial,
se igualaba con cualquiera,
y su vida íntima era
sencilla y patriarcal.

Viudo y cobrando sus rentas
de feudos y arrendamientos,
tenía un libro de asientos
y unos cuadernos de cuentas.

Las hacía ante testigos
con buenos datos e informes,
mas sus colonos conformes

quedaban con él y amigos:

y cuando a alguno tenía
atrasos que demandar,
«amigo, debo mirar
por Marica» —le decía.

Marica era su pasión
única y última: era
la que le ocupaba entera
la existencia: su razón

por ella se alucinaba,
su autoridad se rendía
y ante su antojo cedía
su resolución más brava.

El más motivado exceso
de indignación o de enojo
sosegaba ella a su antojo
con un cariño o un beso.

Fiada en su pequeñez,
se sentaba en sus rodillas
a brinco, de las ardillas
con la gentil rapidez;

y con infantil codicia
y con frases tan sabrosas,
le decía tantas cosas,

le hacía tanta caricia,

que él, trémulo de placer,
en sus brazos la cogía,
y a besos se la comía
sin poderse contener:

y otra existencia mejor
no acertaba a concebir,
que la de dejarse ir
tras aquel raudal de amor.

Aquella niña preciosa,
a quien llamaban al verla
tan hermosa, Mariperla,
Marifina y Mariposa,

era, pues, reina en su casa:
y entraba en ella y salía
con su capricho por guía
y su voluntad por tasa.

Su padre, que una fe ciega
tenía en ella, porque
bastaba a su buena fe
ser su hija y ser Noriega,

le dejaba a gusto hacer:
y nada hay por qué extrañar
en tal tiempo y tal lugar

tal modo de proceder;

pues saber es menester
que entre la gente asturiana
anda la mujer cristiana
como cristiana mujer:

que allí el siervo y el señor,
los pobres como los ricos,
tienen a honra desde chicos
el tener fe en el honor:

y, en fin, que cien años ha
no estaba aún nuestra España
de malicia y de cizaña
sembrada como hoy está.

Así que aquella Marica
hija de don Juan Noriega,
entre la gente labriega
andaba, aunque noble y rica:

y aunque de casa faltaba
dos o tres horas a veces,
se iba a orar o a coger nueces
ninguno la preguntaba.

Y todo el mundo sabía...
lo que el lector saber puede,
si osa seguir todavía

leyendo lo que sucede
en esta leyenda mía.

El cantar del romero

III

ANTECEDENTES

El padre y el hijo

EL PADRE. Dineros son menester,
dineros, hijo Fermín,
si don Juan Noriega al fin
te la ha de dar por mujer.

EL HIJO. Menester son, padre mío;
mas si no me echo a la mar,
sin ella me he de quedar:
conque escribid a mi tío.

EL PADRE. ¿Al fin te resuelves?
EL HIJO. Sí:
¿qué otro medio queda ya?

EL PADRE. Pues ya en Vigo el barco está.
EL HIJO. Pues mandadme a Vigo a mí.

EL PADRE. Pues voy a arreglarlo todo
con don Juan.

EL HIJO. ¿Si nos la niega...?
EL PADRE. Donde estamos ya, Noriega
de cejar no tiene modo.
Consintió en la romería
y autorizó de las prendas
el trueque: si oro o haciendas
granjeas tú... no hay tu tía.
¿Te quiere la chica?

EL HIJO. Sí.
EL PADRE. Pues él lo que prometió
cumplirá. Ve qué haces.

EL HIJO. Yo
cuanto pueda haré por mí.

EL PADRE. Pues fía en tu tío Gabriel,
que hizo en Méjico gran suerte,
y te llama para hacerte
millonario allí como él.

EL HIJO. No sé cómo lo hizo.
EL PADRE. Pues
creo que encontró una mina
por una doña Marina.

EL HIJO. ¡Vaya!, como Hernán Cortés.

EL PADRE. Creo que allá se hace así:
si él te dirige y tú quieres...

EL HIJO. Padre..., ir allá por mujeres...
dejando una y tal aquí!

EL PADRE. Si allá faltan novios pobres
y de aquí te hacen que saltes,
mejor estás donde faltes,
Fermín, que no donde sobres.

EL HIJO. ¿Estáis loco, padre mío?
Yo idolatro a Marifina:
sólo por ella la mina
fuera yo a ver de mi tío.

EL PADRE. Por ella te dejo ir,
pues que os ponéis en extremos
tales: porque aquí tenemos
casa y pan con que vivir.

EL HIJO. No: costumbres de esta tierra
son, y soy joven: me voy
a Méjico, que aquí estoy
como un zorro a quien se encierra
en una jaula. Yo siento
que tengo necesidad
de tener más libertad,
de respirar con más viento,

de ser rico, en fin; don Juan
piensa bien; aunque no hay año
malo con pan, hace daño
el no comer más que pan.

EL PADRE. Pláceme oírtelo así:
creí que tu amor, primero
que todo era para ti.

EL HIJO. Y sí que lo es: pero aquí
no le logro sin dinero.
Y aunque mi amor yo aquí fiel
con fe y constancia aquilate,
no puedo aquí, aunque me mate,
lograr éste sin aquél;
con que me voy: otros van
y vuelven; con el apoyo
del tío, o me abren el hoyo
allá, o...

EL PADRE. ¡Calla!, yo a don Juan
voy a ver.

EL HIJO. Y yo a Marica.
EL PADRE. Ve y con él dejadme a solas.
Llámala.

EL HIJO. Lo hacen las olas
del *bufón*, que el mar se pica.

EL PADRE. ¿Y es una seña?
EL HIJO. Son dos:
hemos hecho al mar y al viento
servirnos.

EL PADRE. ¡Anda con tiento,
Fermín!

EL HIJO. Dios os le dé a vos.
Esto don Diego Mijares
habló con su hijo Fermín,
cruzando los valladares
en que alindan tres lugares:
Vidiago, Puertas y Andrín:

y tomando cada cual,
don Diego el camino abajo
de Vidiago, y pedregal
arriba el chico un atajo
que del *bufón* va al breñal,

su padre se fué a poner
con el padre de la chica
de acuerdo, y Fermín a ver
si está en el *bufón* Marica:
y he aquí su historia de ayer.

En Andrín avecindado
don Diego, y venido a menos
porque, habiéndose aumentado

los Mijares, sus terrenos
para tantos no han bastado,

pensó que su hijo Fermín,
por quien una pasión ciega
tenía aquél serafín
que Dios dió a don Juan Noriega,
traer podía a buen fin

su mal estado, casándose
con Mariquilla: y hacía
medio año ya que, abocándose
con don Juan y espontaneándose
sobre lo que le traía

sin previo aviso a su casa,
planteó su plan; mas don Juan
su proyecto puso a tasa
diciéndole: «No se amasa
con mala harina buen pan.

Hombre que acepta mujer
que le haya de mantener,
o no tiene pundonor,
o trafica con su amor
a la novia sin querer.»

«—¡Señor don Juan!
—¡Voto va!
¡Señor don Diego!..., ya sé

que se quieren, bien está:
que sois noble, ya se ve;
que le quiere, yo querré:
lo que ella quiera, se hará.

Mas reflexionad, don Diego:
los chicos son aún rapaces:
pues se quieren, no os la niego:
los que aman bien son capaces
por su amor de echarse al fuego.

Que se eche Fermín al mar
como otros hacen; si aguanta
su amor la ausencia y tornar
sabe... mi hija es una santa
y fe le sabrá guardar.

Seis o siete años más tarde
no lo es para ellos; aún son
dos niños: que haga un alarde
de fe y de vigor; que guarde
su amor en su corazón

labrándose un porvenir:
no de un Creso, mas traer
un peculiejo, un haber
que baste a hacerle vivir
sin vivir de su mujer.»

Don Juan habló sabiamente;
don Diego se convenció
de que el juicio era prudente;
la boda a más no era urgente:
y el trato se concertó.

Para un plazo no bien fijo
quedó como prometida
la muchacha de su hijo;
don Diego a éste se lo dijo
y él optó por la partida.

Mas no fué sin vacilar:
pues placíale, a mi ver,
más que por él navegar,
citas a orillas del mar
con la muchacha tener.

El cantar del romero

IV

Cuando un trato así se hacía
era costumbre, y hoy día
no hay padre que a ella se oponga,
que fuesen en romería
los novios a Covadonga.

Y en aquel santuario real,
voto de tan gran batalla,
prendas de empeño formal,
se ofrecían cada cual
una cruz o una medalla.

Daba a este acto voluntario
el vulgo importancia tanta,
que verle era necesario
aun por el más refractario
como ceremonia santa;

y estaba tal convicción
tan asida a la conciencia
de la rural población,
que tan sencilla creencia
pasó a ser superstición.

Si uno de los dos faltaba
a la fe dada, y rompía
con el otro o se casaba
con otro, no lo efectuaba
la prenda hasta que volvía.

Hasta aquí no iba tan mal;
romper un lazo de amor
no es una acción criminal;
mas romperlo con honor
es conveniencia social:

mas si sin dar se enterraba
su prenda alguno, creía
el vulgo que el muerto andaba
tras el vivo, y no moría
hasta que éste la tomaba.

Con que a Covadonga fueron
Marica y Fermín e hicieron
trueque de prendas un día
de los ocho que anduvieron
en su alegre romería.

Don Juan sancionó aquel viaje,
y dió bestias y equipaje,
y criados y vituallas
para ir al peregrinaje
por cruces y por medallas.

Los dos rapaces, sin juicio
aún, en libres correrías,
en diversión y en bullicio
se pasaron ocho días
fuera de casa y de quicio.

Para el abad y el guardián
en una carta don Juan
les dió recomendación,
y un par de onzas, porque van
donde saben quiénes son.

De Marica iba a la vera,
porque con Fermín no vaya
sola, una gran bachillera
de viuda, y que iba a manera
y con facultades de aya.

Allá el buen penitenciario
de Oviedo, don Gil de Olmedo,
sordo y vehedor del santuario,
les dió, hablándoles muy quedo,
una cruz y un relicario.

De oro y labrada a cincel
era la cruz, y un joyel
el relicario, con tapa
doble, un Lignum dentro de él,
y benditos por el Papa

los dos, según un papel
con sello pontifical;
regalo a don Gil debido,
que de don Juan había sido
siempre amigo muy leal.

Y tornaron los mozuelos:
Fermín tal formalidad
no vió a la luz de los cielos,
sació no más los anhelos
de su pueril vanidad.

La cruz de oro se colgó
con gozo infantil al cuello;
y a quien se lo demandó,
su cruz de oro le enseñó
sin poner reparo en ello.

Mas Marica, que aunque chica
de mujer formal se pica,
consideró el relicario
cual gaje que ratifica
fe empeñada en un santuario;

y leal, firme y sincera,
elevando a religión
su virgen pasión primera,
se dió a su amor toda entera
con todo su corazón.

El relicario bendito
al cuello se suspendió
con un placer infinito;
pero con tacto exquisito
a nadie se le enseñó.

Y siendo cosa aceptada,
y la idea del honor
estando tan arraigada
entre aquella gente honrada
cuando anda herida de amor,

comenzó la del lugar
a ver para el porvenir
apareado ya aquel par,
y volvió aquel par a ir
a hablar a orillas del mar.

Y como se abre el *bufón*
entre Vidiago y Andrín,
y aquel sitio y aquel son
hieren la imaginación
de Marica y de Fermín,

creyendo que a su amor dan
más fuerza y más poesía
en aquel sitio, allí van;
y al son de la mar bravía
allí en plática se están.

Y cuando ruge el *bufón*
y con el viento pelea
el mar en el socavón,
dice ella: —«¿ves la marea?
pues más fuerte es mi pasión.»

Y entre el temeroso estruendo
con que el *bufón* ensordece
la costa, y el son tremendo
de la mar que se embravece
las rocas estremeciendo,

entona ella su canción;
que escuchada mas no oída
por Fermín, va del *bufón*
y el mar a expirar perdida
en el terrífico son.

¡Ay! y tiene aquel cantar,
lanzado al viento y al mar,
un no sé qué de fatídico,
de conjuro o rito druídico
imposible de explicar.

Aquella canción, que oír
no se puede cuando suelta
entre aire y mar va a morir...
¡quién sabe si por él vuelta,
por él volverá a venir!

¿Quién sabe? En eso se pasan
sus citas los dos amantes:
cantando mientras los casan,
cual las gaviotas errantes
que a sus pies las ondas rasan.

Y cuando el día a su fin
entre el crepúsculo vago
toca, la besa Fermín;
y ella se torna a Vidiago
y el mozo se vuelve a Andrín.

El cantar del romero

V

A don Juan participó
lo del embarque don Diego,
y en lo dicho, desde luego,
don Juan se ratificó.

Llegó el momento fatal
de la despedida amarga.
¿Será la ausencia muy larga?
¿Será alguno desleal?

Fermín, una vez resuelto,
dijo a María: —Me voy.
Y ella dijo: —Tuya soy;
si muero antes que hayas vuelto,

con tu amor me enterrarán:
siempre fe te guardaré;
mientras viva... esperaré...

¡pero piensa con qué afán!

—No sé que va a ser de mí:
dijo Fermín; mas suceda
lo que quiera, en cuanto pueda,
como pueda vendré a ti.

—Vuelve, Fermín, sin temor:
si no haces fortuna allá,
la prueba de ir bastará
a mi padre y a mi amor.

Afánate y en mí piensa;
que como pienses en mí,
Dios no ha de dejarte allí
ni a mí aquí sin recompensa.

Yo te enviaré mi canción
del mar con las recias olas;
tú las oirás cuando a solas
estés con tu corazón.

Por más tiempo, tierra y mar
que entre los dos se interponga,
la Virgen de Covadonga
nos tiene al fin que juntar.

Mas si me olvidas, Fermín,
no vuelvas sin que haya muerto
yo; porque..., ¡tenlo por cierto,

tendremos ambos mal fin!

Sollozaba el mozo ahogándose
con las lágrimas; y viéndole
tan abatido, diciéndole
siguió ella de él apartándose:

«Ten valor: pues ha de ser,
ni lo pienses, ni me veas
más: ¡Adiós!, parte: no seas
más débil que tu mujer.»

No dió tal razón en vago.
Irguióse él: se despidieron
abrazándose y partieron
él a Andrín y ella a Vidiago.

.....

Zarpaba un quechemarín
de Llanes al otro día,
con cuyo patrón podía
ir bien a Gijón, Fermín.

De su padre sin tomar
ni permiso ni consejo,
Mariquilla un catalejo
tomó que él solía usar;

y al cerro echando a correr
en el cual se abre el *bufón*,

se puso en observación
el quechemarín por ver.

En la agreste crestería
de la roca laboreada
por la agua del mar, sentada
permaneció todo el día.

Llanes desde allí se ve:
no su puerto en miniatura,
que oculta la curvatura
de la costa a cuyo pie

se resguarda, mas la peña
de San Pedro que levanta
su cabeza y adelanta
sobre el mar su cruz de leña.

Que era olvidó, Mariquilla,
la pleamar por la tarde,
y que es fuerza que la aguarde
de Fermín la navecilla:

y allí estuvo al sol y al viento
de las horas olvidada,
al catalejo pegada
y absorta en su pensamiento.

La marea empezó al fin
a subir: del catalejo

en el vidrio el aparejo
surgió del quechemarín.

Salió y viró: la marea
y el viento impulso le dan,
y entre los que dentro van
distingue a Fermín: vocea

su nombre, el cristal dejando
que se le acerca y le aclara;
mas él no vuelve la cara,
y el queche sigue bogando.

Torna a vocear y a mirar...
la faz no torna Fermín:
¡no llega al quechemarín
su voz por sobre la mar!
Lanza al viento su cantar
y el viento la favorece,
torna al vidrio y la parece
que el viento llega al bajel:
mira... y mira... y le ve a él:
¡pero inmóvil permanece!

No puede oírla: es verdad;
mas ¿no debió suponer
que ella había de irle a ver
allí por necesidad?
Siguió con tenacidad

mirando... ¡y viendo a Fermín
siempre de espaldas!, y al fin
entre su estela de espuma
y el velo azul de la bruma...
se perdió el quechemarín.

El cantar del romero

SEGUNDA PARTE
MARIPOSA

I

Feliz quien a la sombra de los castaños vive
al pie de los que humea su hereditario hogar,
y cartas, ni intereses, ni tiene ni recibe
de más allá del monte, ni más allá del mar.
Dichosa la aldeana, cuya ambición sencilla
no sabe de los lindes salir de su lugar,
y se bautiza, y reza, y casa en la capilla
donde sus viejos padres se fueron a casar.

No ve, no sabe, es cierto, lo que en el mundo pasa;
no tiene aspiraciones ni porvenir social;
para ella no hay más mundo, más vida que su casa,
en ella no se come más pan que el que ella amasa,
ni hay más amor que el santo del lazo conyugal.

Jamás a su marido, por luminosa ciencia,
por influencia grande, por gran reputación,
le deberá los goces del fausto y la opulencia,
ni en nacional congreso le votarán panteón:
mas vivirán en calma y en su infantil creencia
se morirán ajenos y sin tener noción
de la amargura, hastío y afán de una existencia
que da la vida póstuma, matando al corazón.

Dios a los seres todos emparejó en la vida;
jamás encaman juntos la cierva y el chacal;
jamás la garza esbelta con el cóndor anida;
jamás labriega humilde con millonario unida
hicieron vida buena, ni matrimonio igual.

La cándida doncella que espera enamorada
la vuelta del amante que a la ambición se da,
con él, si vuelve, siente que está desparejada:
ella es la misma que era, mas él es otro ya.

El mundo cambia al hombre que por el mundo rueda,
no cambia la que a solas con su pasión está;
la fe se robustece del que esperando queda;
se mengua por el mundo la fe del que se va.

Y si los viajes cambian la fe y los caracteres...
de Méjico versátil en el feraz jardín,
en sus argénteas minas y auríferos placeres,
entre sus ricas, bellas y gráciles mujeres,

¿al tiempo y a la ausencia resistirá Fermín?

¡Oh Virgen piadosa de Covadonga!, escucha
la férvida plegaria de la pasión más fiel,
del corazón que a solas consigo mismo lucha...
y con el mundo entero que se levanta ante él.
Partió..., la vista al cerro sin dirigir siquiera
cuando al salir de Llanes le vió desde el bajel:
¡oh Virgen piadosa de Covadonga!... ¿qué era?
¿pavor del mar, mareo..., o indiferencia cruel?

Gusano inextinguible de la afanosa duda,
¿por qué en su amante espíritu a guarecerte vas?
Su amor la fe sagrada del juramento escuda;
y si la ausencia es larga y si la prueba es ruda,
su amor y el sol no pueden retroceder jamás.

Fermín no puede en horas atravesar los mares,
el barco va al capricho del viento y de la mar;
no le han de dar allende las onzas a millares,
no más porque se vuelva con ellas a casar.
Entonces muchos meses necesitaba el viaje;
sin tiempo, nadie llega tesoros a juntar,
en lo que quier que emprenda, por bien que se le cuaje,
habrá, sin duda, meses y aun años que esperar.

Con tal razón y cálculos, Marica está conforme:
mas teme que se vea su espíritu en su faz
y de su afán el vulgo que conjeturas forme;

y sigue con esfuerzo de voluntad enorme
cantando descuidada y al parecer en paz.

Espíritu risueño, de la alegría ajena
excitador constante, de su pandero al son
para olvidar bailando su semanal faena
se junta en torno de ella la alegre población.
Mas ya, aunque se la pidan, rehusa ni aun a solas
cantarles del romero su original canción:
y que se la oyen, dicen, al viento y a las olas
cantársela en los ásperos breñales del *bufón*.

¡Quién sabe a lo que el cielo predestinarnos pueda!
El mundo dando vueltas con sus vivientes va;
van unos y otros vienen por él mientras él rueda;
pero la fe se arraiga del que esperando queda
y rueda por el mundo la fe del que se va.

El cantar del romero

II

Y van y vienen los días:
Fermín se embarcó en octubre:
transcurrió diciembre en fiestas,
se pasó enero a la lumbre,
febrero entre ventisqueros,
marzo entre el sol y las nubes;
abril, al pasar, de verde
vistió la tierra, y ya cubre
los árboles de hojas mayo,
los pajarillos implumes
pían ya entre ellas, y vuelven
las golondrinas de Túnez,
y ya junio llena el aire
de pájaros y perfumes,
y aun de Fermín no trae carta
de Veracruz ningún buque.

Por más que lo disimulan,
Marica, impaciente bulle,
don Diego va y viene a Llanes,
don Juan su entrecejo frunce,
el pueblo a mentar comienza,
según su mala costumbre,
los olvidos de los idos,
del mar las vicisitudes;
y es, en fin, inevitable
que ya de Fermín se ocupen
todos, y al fin de ocho meses
comenten y conjeturen.

Que a su hija olvide Fermín
tan pronto, o que les oculte
las noticias de él don Diego,
a don Juan no se le ocurre:
porque lo que en él no cabe
en ninguno lo presume;
mas como idolatra a su hija,
por ella se inquieta y sufre.
Don Diego, a quien aun no afana
el ver cómo su hijo cumple
con Marica, mas que es padre
y que de afán se consume
por saber de él, no hay un día
en que por él no importune

al maestro de posta, y si hay
carta de él no le pregunte.

Por fin al cerrar la noche
del siete de julio, lunes
y día de San Fermín,
dió, sin que nadie le anuncie
en la casa de don Juan
y casi con él de bruces,
don Diego y dijo: «aquí hay carta
que el chico en la mía incluye
para Marica». Hija y padre
se alborotan, piden luces,
y a la de un velón devoran
lo escrito: que se reduce
a nada, o lo abarca todo,
según se sonde o se juzgue.

«Que llegó bien; que su tío
le recibió como a un duque;
que va a llevarle a una mina
que plata a ríos produce;
que su tío es muy alegre,
que en su casa se reúne
mucha gente, muchas damas,
que se comen muchos dulces,
que se bailan unos bailes
hijos de los andaluces,

repicados, zapateados,
muy movidos y de empuje:
que su compás es tan vivo,
que no hay nadie que le escuche
sin que los pies se le bailen,
y que los cantares crujen
como castañas al fuego:
que su tía le introduce
con todo el mundo; que es rubia
y que se llama Gertrudis:
que le tienen como al pez
en el agua: y en resumen,
que aquello es un paraíso,
con ángeles y querubes;
y que a poco que se empeñe,
será tan rico que asuste.

Y luego, en una posdata,
con que la carta concluye,
dice a Marica que la ama,
que solamente le nutre
la esperanza de volver,
que solamente le aburre
el no tenerla a su lado
y adiós y que le disculpe
si no escribe más, porque anda
sin saber a donde acude.»

Al concluir de leer,
a don Diego le relucen
los ojos con la alegría;
don Juan encuentra muy fútil
todo aquello, y no comprende
por qué sus tíos le impulsen
a esperar tantos dineros
sin que trabaje y que sude:
y Marica, hallando suelto
tanto cabo, se confunde
no hallando en la carta un hilo
que en el alma se la anude.

Y pasó un mes, y otro y otros:
la Mariquilla discurre
que con tantas novedades
es natural que se turbe,
con tan fáciles promesas
muy fácil que se deslumbre,
y que esperanzas tan fáciles
es preciso que le ofusquen:
suspendió, pues, su mal juicio
sobre aquel desbarajuste
de ideas y de impresiones
que de la carta resurte.
Marica, que aunque sencilla
es muchacha de cacumen,

calcula lo que en el ánimo
del pobre Fermín influye
el completo y repentino
cambio de país, costumbres,
esperanzas y proyectos,
que le admiran y seducen.
Algo hay que la alarma un poco,
en lo a que la carta alude:
algo que aun inapreciable
la desorienta y la aturde.
Fermín, hablando de todo
lo que ve y piensa, descubre
más ambición que cariño:
pero a la par se la ocurre
que si hacer allá fortuna
para casarse es lo que urge,
natural es que sea eso
lo que más le preocupe.
Don Juan no suelta palabra,
mas puede que disimule
lo que piensa, y algo duro
de tragar puede que rumie.
Don Diego, a quien poco importa
que su hijo a su amor renuncie
o no, con tal de que pronto
haga fortuna, y le ayude

a restablecer la suya
con lo que en Méjico lucre,
no anda con don Juan en muchas
atentas solicitudes.
A más de que se recela
que ruin rencorcillo encubre
contra él, por haber querido
que sus rentas se regulen
una por otra; y si un día
Fermín a do aspira sube,
para aceptarle la chica
será menester que puje.

Y van trascurriendo meses,
y el tercer año trascurre,
y las cartas de Fermín
dicen... y a la gente aturden.
«Que está bueno; que no hay nada
que sus tíos le rehusen;
que le tienen como a un hijo;
que le obligan a que estudie
e intervenga en sus negocios
y asiduamente se ocupe
de ellos, y a lo que parece
su heredero le instituyen.
Que monta hermosos caballos;
que en roperos y baúles

de cedro y sándalo tiene
su equipaje: que reasume
la autoridad de su tío,
en cuyos negocios múltiples
le representa, y su firma
con la suya sustituye.
Que ha hecho de él un personaje,
y que adopte y que se ajuste
a lo que su estado exige:
que anda con lo más ilustre
de la juventud de Méjico;
que semanalmente acude
del Virrey a la tertulia
con sus tíos, y trasluce
que tienen algún proyecto,
al que quieren que coadyuve,
para elevarle de un salto
de la fortuna a la cumbre.
Que su tío es millonario,
y que el Virrey se conduce
con él cual si de ambos fueran
los intereses comunes.
Que con su favor no hay nada
ya que se le dificulte;
que no le conocerían;
que ha variado de costumbres,

de lenguaje y de modales;
que ya por más que le busquen
no hallarán al Fermín de antes,
que no queda ni vislumbre
de él; y, en suma, que es tan otro,
que ya ni se le figuren.»

Esto escribe el hijo, y esto
cuenta el padre; aunque presumen
muchos que el padre y el hijo
ensartan muchos embustes.
Mas corroboran sus dichos
hechos que a creer inducen
que no les falte dinero,
aunque de él tanto no abunden.
Fermín a Marica envía
Vírgenes de Guadalupe
de oro y de ámbar: esculturas
de plata copeya, cruces
de ágata y de malaquita
en primorosos estuches,
chocolate de Oajaca,
de Tehuacán fruta en dulce:
mas... ni una dulce palabra,
ni una frase que la augure
próxima o remota vuelta:
nada que en su amor se funde:

nada que lo prometido
ratifique o que formule
promesa o protesta nueva,
nada que recuerdo acuse
de lo pactado antes de irse,
ni que el porvenir alumbre,
nada de lo que un ausente
jura siempre aunque perjure.

Marica empieza a andar seria:
natural es que la nublen
negras ideas la mente
y el alma la apesadumbren.
Tiene una fija: ahuyentarla
no puede por más que luche
con su razón, y ya teme
tal vez que se la perturbe.
Del ido Fermín la imagen
nunca en su memoria surge
sino de espaldas: en ella
su faz no se reproduce.
Impresa está en su retina
de espaldas, y se la esculpe
así en el cerebro el ojo:
y por más que la conjure
en nombre de Dios y rece,
no hay manera de que mude

de posición: es la misma
del catalejo; recurre
en vano a esfuerzos supremos
de voluntad; son inútiles:
la faz de Fermín no puede
hacer ya que se dibuje
en su mente. Es un efecto
de alucinación, que sufren
los que dejan que una idea
sola y fija les subyugue.
Partió Fermín sin volver
la cara, y ella atribuye
a esta postura el fatal
poder de un presagio lúgubre.
Y anda esquiva de las gentes,
y el baile no contribuye
ya a animar, y deja al vulgo
que de altanera la culpe,
que su amor santo critique,
de su constancia se burle,
en su vida se entrometa
y su porvenir prejuzgue.

Don Juan lamenta en silencio
que así su hija se atribule
y que juicio, vida y alma
en tal pasión aventure:

mas no se atreve a abocarse
con don Diego, quien rehuye
al parecer su presencia,
o por carácter voluble,
o por algo que de él cele
y en su perjuicio redunde;
y evita, sin duda, esquivo,
que don Juan se lo pregunte.

Marica, por más que presa
de negras dudas barrunte
que el bello y frágil castillo
de su ventura construye
en el aire, y que es posible
que el aire se le derrumbe,
no puede creer que Fermín
su santo deber conculque.
Que las yerbas del camino
de la existencia despunte
al pasar, que se distraiga...
sí; pero no que la injurie
y se deshonre perjuro,
ni cual prenda vieja arrumbe
su memoria y de la suya
su imagen borre o la ensucie.

Así que un día resuelve,
por mucho que la repugne,

una carta dirigirle
cuyas razones alumbren
su razón, le hablen al alma
y la conciencia le puncen,
antes que en su alma el veneno
de otro amor se le inocule.

Marica escribió a Fermín:
mas, ¿quién la lengua traduce
en que habla el amor? María
su alma en su carta dilúe
gota a gota; y destilándola,
todo el pasado resume,
el presente patentiza
y el porvenir constituye
ante el juicio de Fermín;
y para que en él se inculquen,
le conmina en estas frases,
que con su llanto interrumpe:

«No me abandones: a Dios
perjuro a tu fe no insultes:
lo que ante Dios se ata, es fuerza
que ante Dios se desanude.
Hemos jurado: nos hemos
dado prendas que nos unen:
no lo olvides, ni que pueda
perjurar yo te figures,

ni que mi amor ceda nunca,
prevarique, ni recule,
ni que con la misma muerte
se consuma ni se trunque;
pues si el pesar, tu abandono,
la fuerza o el mal me sumen
en la eternidad..., no esperes
que en tu olvido me sepulte.»

¿Llegó a Fermín esta carta?
No hay nadie que lo asegure:
el mundo sigue rodando:
veremos lo que resulte.

El cantar del romero

III

Pasó un año más: van cinco;
y en cinco años dan las cosas
muchas vueltas y cinco años
cambian mucho a las personas.
Don Diego anda muy rumboso
en un buen potro que monta,
haciendo buena figura,
buena vida y buenas compras.
Tiene en su casa de Andrín
emprendidas muchas obras,
y anda adquiriendo pomares
que paga en muy buenas onzas.

Es claro que allá de su hijo
va la suerte viento en popa,
y de allá viene, sin duda,
el buen viento que le sopla.

Mas para poco en Andrín
y por Vidiago no aporta
jamás: dicen que ha comprado
los pastos de las Arriondas
y que está metiendo en ellos
mucho ganado, que exporta
en barcos ingleses por
Gijón y Villaviciosa.

La verdad nadie lo sabe:
los a quienes siempre enoja
y da envidia el bien ajeno,
dicen que anda en trapisondas
de créditos y de plazos
con gentes de baja estofa,
de las cuales tanto riesgo
como ganancia reporta.
Los que con buen ojo y calma
ven de otro modo las cosas,
dicen que con tino y suerte
dinero emplea y coloca
en negocios muy seguros,
cuyo lucro no deshonra;
y que tratando en ganados,
con gente baja se roza
por necesidad; pues es
comercio de gente tosca;

mas que por zafia no es vil,
maleante ni tramposa.

Charla de pueblos pequeños
donde la instrucción es poca,
la curiosidad es mucha
y la gente es habladora.

Como quier que sea, ello es
que la fortuna trasforma
a don Diego, el cual parece
rico, y como tal se porta.
Mas un año ha que don Juan
y él no se ven: si a su novia
escribe Fermín, don Diego
su correspondencia estorba.
Don Juan le busca y no le halla,
le espera y nunca le topa:
aquél no va ya a Vidiago
y a Andrín don Juan ir no osa.
Ello hay algo que uno esconde
y otro busca: y a la corta
o a larga, será fuerza
que se expliquen o que rompan.

Mariquilla se entristece
más cada día, y se enfosca
más don Juan; y ya mal ambos

su incertidumbre soportan.
Andan el padre y la hija,
aquél torvo y ésta sola:
él de su casa a la iglesia,
ella del pueblo a la costa.
Cuando ella tarda, su padre
va a buscarla, y a deshoras
la halla en el *bufón* cantando
y viendo el agua que arroja.
Él anda alerta y sombrío
como quien algo no logra
concertar, y ella tranquila,
mas en una idea absorta.
Ella ante su relicario
se extasía y reza a solas;
él limpia a solas sus armas
como si tenerlas prontas
le interesara: ella vive
junto al mar con las gaviotas,
y él encerrado en su cuarto
con su afán y sus pistolas.

¿Esperan o desesperan?
No se sabe: de su boca
no sueltan palabra alguna
ni uno ni otro: y jamás logran
saber su intención, por más

que la escudriñan y sondan,
ni el simpático interés,
ni la malicia curiosa.

Pero hay una circunstancia
muy extraña, casi anómala:
según decae, se desmedra
y se envejece y se encorba
don Juan, María embellece
y medra y se desarrolla;
no haciéndose lo que llama
el vulgo una buena moza,
sino afirmando la fina
delineación de sus formas,
según que naturalmente
la niña en mujer se torna.

Tenía al irse Fermín
quince años: pero era toda
espíritu y se nutría
el alma del cuerpo a costa.
Mas la niña diminuta,
en quien la niñez prolonga
con su escasez de estatura
su candidez de paloma,
al sufrir el ya tardío
paso de una edad a otra,
se transfigura y completa;

su vitalidad se colma,
su carne se vigoriza,
su perfil se perfecciona,
sus contornos se modelan
y al modelarse mejoran;
cambiando, en fin, gradualmente
la naturaleza próvida
a la primorosa niña
en una mujer preciosa.

Lo era tanto aquel capricho
del Criador, que si la fórmula
de su creación quisiéramos
hallar, tan sólo esta loca
suposición la planteara:
que fundido en su persona
hubiera Dios el ser doble
de la mujer y la alondra.
Pequeña siempre, mas siempre
como aquella ave canora,
ligera, errante, perdida,
suelta, libre y vagorosa,
era el tipo más poético,
más ideal que en sus hojas
pintan de mujer fantástica
las caballerescas crónicas.

Una palidez muy suave
que apenas la descolora,
la da entre el nácar y el ópalo
una tinta deliciosa:
y más que nunca atractiva,
más que nunca encantadora,
con su apostura de sílfide
pensativa y melancólica,
con su acento de sirena,
sus grandes ojos de corza,
su andar gracioso de antílope,
y su tristeza de tórtola,
tiene el aire de una ondina
que, abandonando las ondas
del mar, por algún misterio
entre los hombres se aloja;
de un ángel que desterrado
del cielo en humana forma
espera a cumplir su pena
para volver a la gloria.

Marica, todos los días
va a vagar entre las rocas
donde el mar por el *bufón*
ruge y la comarca asorda.
Aquel lugar, consagrado
de su amor a las memorias,

la trae como una vorágine;
su tenacidad monómana
la lleva allí; y allí el viento
la curte, el agua la moja,
los pies la hieren las piedras,
la enfría el cuerpo la ropa,
y allí va y vuelve sin tregua,
descuidada, imprevisora,
sin razón de sí, arrastrada
por recia impulsión recóndita
de sí misma, y de algún sino
por fuerza dominadora,
como va a la sierpe el pájaro
y a la luz la mariposa.

Y ya, al ver como va y viene,
cómo vuelve y cómo torna
alrededor de aquel silo,
cuya embocadura cóncava
parece que habla con ella,
o que ella por allí evoca
algún ser que la responde,
alguna visión ignota
de ignota mitología,
una ficción incolora,
invisible e impalpable,
un espíritu, una sombra,

una voz, una fuerza..., algo
cuya atracción misteriosa
inevitable, fatídica,
un día tal vez la sorba...
ya nadie la denomina
cuando la llama o la nombra
Marifina y Mariperla,
sino sólo Mariposa;
y allí a veces la acompaña
su padre, y pasan las horas
él sintiendo, ella cantando
su fe y esperanzas locas.

De los pueblos en contorno
la gente murmuradora,
quién sin piedad, quién con lástima,
quién con pena y quién con mofa,
comenta, critica o siente
constancia tan extremosa,
a la par calificándola
de extravagante y heroica;
mas todos al par lamentan
que una mujer tan preciosa
se pierda por esperanzas,
que sin esperanza forja.

La fama de su hermosura,
de su constancia la historia

y su canción del romero
ya popular y famosa,
su nombre han por muchas leguas
extendido a la redonda,
y a verla vienen de lejos
los que de su fe se asombran.
Y ni en recuerdo de vivos,
ni en cuento de muertos consta
que se haya visto en Asturias
mujer más fascinadora,
¡Ay!, ni más fatal tampoco,
porque los que se enamoran
de ella, o a los cielos claman
o en el infierno se arrojan.

El hijo de un naviero
riquísimo de Santoña,
ciego por ella, a su padre
se la pidió por esposa.
Era el mozo más galán
que hubo entre la gente moza
de la Montaña, y el alma
más amante y generosa.
Marica le vió, le oyó,
comprendió su pasión honda
y la nobleza de su alma;
mas le dijo, desdeñosa:

«—Yo amo a otro: amar es dar
a quien se ama el alma toda.
¿Con qué alma he de amaros ya?
No tengo más que una sola.»
El mancebo, no pudiendo
domar su pasión fogosa,
se metió fraile, diciéndose:
«—O ella o Dios... ¡si Él me perdona!»

Un inglés, a quien en Londres
el *spleen* inglés acosa,
tan cargado de guineas
que de ellas la cuenta ignora,
que de hastío en todas partes
nadando en oro se ahoga,
y que harto de sus palacios
anda en una nave propia
buscando un ser que le impida
echarse al cuello una soga,
la vió al cruzar por Vidiago
examinando sus costas.
Ella andaba por las breñas
del *bufón*: apercibióla
él con su anteojo de mar;
un rayo de sol que dora,
sobre el cielo destacándola,
su silueta luminosa,

se la presentó como hada
de una leyenda de Escocia.

Imagen de una esperanza
mayor cuanto más incógnita,
echó detrás de ella, echando
del barco a la mar su góndola.
Desembarcó, tomó lenguas,
dió con ella, contemplóla;
quién era indagó, vagó
contemplándola horas y horas
como un niño el vuelo inquieto
de una leve mariposa...
y se cegó, y por el ángel
de su salvación tomóla.

Nadie más expuesto a hacer
una apreciación errónea
de la realidad, que un alma
positivista y filósofa.
El hastío de la vida,
la saciedad de su prosa
no llevan más que a cambiar
la verdad en paradoja.
El hombre es carne y espíritu;
quien al espíritu ahoga
en la carne, vive y medra
en la realidad, y goza

de la vida real: mas tarde
o temprano se ilusiona
de algo espiritual, y de algo
su espíritu se enamora.
Mas como a la realidad
al traerlo se equivoca,
cuando se le huye el espíritu
ve que la verdad es otra.
La verdad es Dios; espíritu,
luz de quien nuestra alma brota:
y el espíritu es el fuego,
y la materia la escoria.

Compró el inglés una casa
en Vidiago y amueblóla;
se instaló en ella, ofrecióse
a don Juan: sin ceremonia
le recibió éste en la suya,
y cordialmente ofreciósela.
Trabaron amistad ambos;
Marica, siempre obsequiosa
con el inglés, platicaba
con él, sin la más remota
sospecha de su intención,
porque era a fe la persona
mejor del mundo: hasta que él,
con la más noble y honrosa

buena fe, y una franqueza
y expansión merecedoras
del respeto más sincero,
pero en frase algo estrambótica
por su sintaxis inglesa
en su palabra española,
pidió a Marica, diciendo:

«Su hija de usté perla en concha,
señor don Juan; yo cubrirla
de diamantes de Golconda.
Yo tengo muchos: he visto
de Asia, América y Europa
todas las mujeres: ni una
me hizo pestañear: ahora
yo he visto y amo a su hija:
la araña ella, yo la mosca;
si quiere ser mi mujer,
yo muy rico; y no me importa,
si ella me quiere, vivir
aquí o en Constantinopla.

Yo muy noble, solo y libre;
gentleman con las señoras,
la mía reina en mi casa,
mi casa templo de honra,
yo inglés del honor esclavo:
vean si les acomoda.»

Y este inglés, joven, buen mozo,
de pura raza sajona,
tipo de una lealtad
que en hidalgos atesora
cuantas buenas cualidades
en un país culto abonan
al hombre civilizado,
para esposo era una joya.
Como la de aquel inglés
creó Dios almas muy pocas;
mas bebió en la agua del Támesis
el esplín que le devora.
Sólo una mujer podía
salvarle de esa diabólica
enfermedad suicida,
que al rico inglés emponzoña.

Marica le vió con lástima
pedirla... (¡horrible limosna
del millonario hastiado
sobre el oro que amillona!)
la vida, el ser, la esperanza,
la fe, la salvación póstuma,
que ha de perder si sin ella
se vuelve a su isla brumosa.
La pobre niña, cuya alma
de aquella al volcán se asoma,

ve que en su lava no puede
echar de agua ni una gota.
«Milord, le dijo, imposible:
buscad de otro árbol la sombra:
sondar vuestra alma me espanta,
dejarla así me desola;
pero yo tengo la mía
encadenada con otra,
y no sé qué va a ser de ella
si Dios y él me abandonan.»

Comprendió el inglés que había
dado con la mujer sola
digna de él; mas que era estrella
que no tenía su órbita
dentro de la suya: y trémulo,
balbuciente, con zozobra
febril, exclamó:«¡Imposible.
Imposible!... ¿y una argolla
de esa cadena que os ata
nada hay ni nadie que rompa?
—Nadie, milord: lo que se ata
ante Dios, sólo Él lo corta.
—¿Y si el azar lo rompiera?
—Mi vida fuera la rota.
Quedó el inglés sin poder
el afán que le sofoca

dominar...: mas dominándose
al fin, dijo con voz ronca:
—Me vuelvo a Londres.
—Volveos
a Dios, le dijo angustiosa
ella a su ver; mas resuelto
dijo él: «—No: volvamos hoja.»
Y con corrección británica
saludándola, volvióla
la espalda y partió. Marica
por él sintió una congoja
profunda y dijo: «¡Que Dios
tenga de él misericordia!»

Ante estas dos negativas
quedóse la gente atónita:
y cuando lo supo, dijo
don Diego: «¡Vaya una tonta!»

El cantar del romero

IV

Es una historia tristísima:
pasaron tres meses más:
Marica y don Juan vivían
cada vez con más afán;
mas callaban esperando
en silencio cada cual
algo, que a cambiar viniera
su incertidumbre en verdad.
Una verdad que no osaban
a ninguno preguntar,
y que excepto ellos temían
que sabían los demás.
Las gentes con quienes daban
les miraban al pasar
y saludaban de un modo
que les sentaba muy mal.

Parecíales que nadie
les daba franca la faz,
y que todos la palabra
les querían esquivar.
¿Qué había en derredor de ellos?
¿Por qué emanación letal
de su palabra el aliento
no querían respirar?
Y los dos encastillados
en su propia dignidad,
en su aislamiento esperaban
en Dios y en algún azar.
Una tarde, ya al crepúsculo,
se volvían del breñal
a su casa padre e hija,
cuando sintieron detrás
de sí sobre la calzada,
muy sostenido e igual,
el galope de un caballo
que avanzaba; y a la par
echáronse padre e hija,
por instinto natural,
a la vera del camino
para dejarle pasar;
pero al conocer, volviéndose,
al del caballo, don Juan,

de la estrecha carretera
el centro volvió a ganar:
y al llegar a él el jinete,
echando la mano, audaz,
a las bridas del caballo,
le obligó en firme a parar
diciendo: «Pues no se os halla
sino por casualidad,
no quiero yo perder ésta,
señor don Diego.» —¡Voto a...!
exclamó el jinete, alzando
la fusta para vengar
en su atajador osado
un atrevimiento tal;
mas conociéndole, díjole:
«—¡A no ser vos!...» «—Excusad,
dijo don Juan, mi mal modo,
pero tenemos que hablar.»

Y soltando el de Noriega
la brida del alazán
de don Diego, así entablaron
el diálogo: en que a terciar
no llegó, pero sí a oír,
Marica; quien, ¡ojalá
que no oyera lo que allí
oír la hizo Satanás!

D. JUAN. Tres años ha que no entiendo
vuestro proceder falaz
con nosotros: hay pendiente
un compromiso formal
entre nuestros hijos: ¿qué es
del vuestro?
D. DIEGO. ¡Dios mío!, ¿estáis
en eso aún?
D. JUAN. ¿Cómo no?
D. DIEGO. Pues, ¿no sabéis...?
D. JUAN. ¿Qué?
D. DIEGO. Que está
ya hace dos años casado
Fermín.
D. JUAN. ¡Casado!
D. DIEGO. Y no mal:
su mujer es propietaria
de unas minas que les dan
millones: en la parroquia
no hay quien no lo sepa ya,
y creí...
D. JUAN. Pero ¡y mi hija!
¿y su juramento?
D. DIEGO. ¡Bah!
cosas de chiquillos: eran
ambos menores de edad.

D. JUAN. ¿Pues no les dimos nosotros
nuestro asenso paternal?
D. DIEGO. Sin duda: mas vos entonces
no les quisisteis casar,
y él se fué... e ir le dejamos...
y van seis años... y allá
hay muchas novias muy ricas...,
la cosa es natural.
D. JUAN. No, sino villana, indigna,
y falta de probidad.
D. DIEGO. ¡Señor don Juan!
D. JUAN. Mi hija guarda
su fe incólume, y a dar
me vais razón de una afrenta
tan traidora y desleal.
D. DIEGO. Pensadlo, don Juan, mejor:
si fuera del mundo andáis
y no sabéis con el mundo
vivir...
D. JUAN. Yo sé ser veraz
y sostener mi palabra:
debíamos esperar,
y esperamos.
D. DIEGO. Mas seis años...,
cuatro sin cartas..., ¿señal
no era bien clara de que él

lo dejaba caducar
todo?
D. JUAN. Mientras que conserven
ambos prendas...
D. DIEGO. ¡Voto a San!,
¿quién había de creer
semejante terquedad?
D. JUAN. ¿Y quién que fuera el dinero
vuestro móvil nada más?
D. DIEGO. Mas si vos, señor Noriega,
fuisteis el que nivelar
quisisteis la hacienda de ambos,
y él por eso se fué allá.
D. JUAN. Y allá en cuanto vió dinero...
D. DIEGO. ¡Y a quién tenéis que envidiar
vos ahora, que tenéis
más millones que el Sultán!
D. JUAN. ¡Aún os mofáis!
D. DIEGO. ¿Pues no os trajo
el escribano don Blas
hoy un pliego?
D. JUAN. Nada he visto.
D. DIEGO. ¿Por qué vivís junto al mar
siempre como las gaviotas?
Vaya, en vuestra casa entrad,
id lo que os envía Dios

por vuestra chica a tomar.
El inglés se ahorcó por ella,
y en documento legal
la deja por heredera
diz que de una enormidad.
D. JUAN. ¡Estáis en vos!
D. DIEGO. Por la chica
vais a ser vos un Nabab.
¡Vaya una estrella que tiene!
Si queréis, podéis comprar
de aquí a Llanes todo el Valle;
y si a la corte lleváis
a vuestra hija, lo que es
novios no la han de faltar.»

Y así diciendo, don Diego,
espoleando su alazán,
estupefacto dejóle
de la calzada en mitad.
Había anochecido en esto:
y por la mano don Juan
tomando a su hija, llevósela:
y ella se dejó llevar.

El cantar del romero

V

Todo era verdad: mas era
una tristísima historia.
Don Juan halló el testamento
del inglés sobre la cómoda;
pero al volverse a su hija,
que entre la nocturna sombra
desde la calzada había
venido tras él, hallóla
pálida, muda e inmóvil,
como sin conciencia propia,
como ajena a la existencia,
como una insensible autómata.
La habló, la movió; en sus brazos
la tomó, y acarició la
como a una niña a quien mece
para dormirla su rolla:

la dió los besos más tiernos,
los nombres más dulces dióla,
los más íntimos abrazos
con la agitación más honda:
mas todo el mimo extremoso
del padre arrancar no logra
ni una lágrima a sus ojos,
ni una palabra a su boca.
Como una escultura inerte,
que como quiera la ponga
deja a su padre; que, al verla,
de verla así se acongoja.

El viejo infeliz comprende
cómo en su espíritu obra
la certidumbre del hecho
que dudar pudo hasta ahora;
y teme que entre sus brazos
exhale su alma amorosa,
o que al desprenderse de ellos
se la arranque el pesar loca:
y así en brazos de su padre
pasó de angustia una hora,
del presente y del pasado
sin conciencia y sin memoria.

Al fin vagó una sonrisa
suavísima y melancólica

por sus labios; y dos lágrimas
turbias, ardientes... dos solas,
de acíbar del corazón
dos amarguísimas gotas,
anublando sus pupilas,
quedaron titiladoras
temblando de sus pestañas
entre las hebras sedosas,
hasta que voraz el aire,
sin dejarlas caer, secólas.

Volvió en sí la pobre niña;
pero quebrantada y rota,
como quedan los que sufren
convulsiones espasmódicas.
Observábala su padre
con atención recelosa
de una crisis, que podía
ser mortal o salvadora;
mas la niña enamorada,
del pesar que la desola
no dió la señal más mínima:
Dios acaso la conforta.
Besó a su padre en silencio,
y asiendo la palmatoria
que estaba sobre la mesa,
se fué en silencio a su alcoba.

¡Líbrenos Dios de pesares
que el llanto no desahoga,
que no alivian los suspiros
y los ayes no pregonan!

Don Juan vió con grande asombro
la paz con que el suyo toma,
y concibió una esperanza
que ser pudiera ilusoria.
Esperó del mismo brío
de aquella avasalladora
pasión, de un esfuerzo noble
de voluntad poderosa,
del amor propio ofendido,
de las consecuencias lógicas
de los hechos consumados,
una reacción tan pronta
como habían sido tenaces
su fe y su constancia heroicas:
esperó, en fin, un extremo,
pues los extremos se tocan.
Dejóla ir, pues; y pues siempre
vivió concentrada y sola,
tal vez encuentre ella misma
la triaca a la ponzoña.
Tal vez el sueño la venza
y el reposo la reponga,

y al despertarse mañana
se despierte ya muy otra:
y en vez de desesperarse
por ver su esperanza rota,
tal vez con su porvenir
y con su pasado rompa.
Don Juan, fiado en su calma,
que aparente ni engañosa
debe suponer, supuesta
su sencillez de paloma,
espera que pues la ruda
primera impresión soporta
sin la primera extremada
exaltación, fuerza es que oiga,
fuera del primer peligro,
la voz tranquilizadora
de la razón que discurre
y el deber que reflexiona.
Don Juan, en fin, aunque lejos
de ver de color de rosa
el porvenir, a aclararse
comienza a verle a sus solas,
según comienza a echar cuentas
y a atar cabos: y razona
consigo mismo trabando
monólogo en esta forma.

«Mi hija es aún una niña;
más que por su edad aún corta,
por la inexperiencia de
su vida aislada y monótona.
Yo por ella he descuidado
la administración metódica
de mi hacienda, con don Diego
pensando en armar camorra.
Mas don Diego, ¿qué me ha hecho
a mí ni a mi hija? Otra esposa
tomó Fermín allá en Méjico:
villanía fué, y deshonra
fué para él que perjuró
nada más: mas si juiciosa
Marica bien del perjuro
ve la conducta traidora,
dará a Dios gracias de haberla
librado a un alma tan sórdida
de unir la suya tan noble;
y aunque de algún tiempo a costa
y a costa de algunas lágrimas,
de su pasión extremosa
guardará sólo un recuerdo,
y el tiempo todos los borra.
Además, un refrán dice:
que la mancha de una mora...

y otra dice que a rey muerto...
y Mariquilla es hermosa,
no tiene aún veinte y dos años,
y no está la tierra toda
reducida a Asturias: ya
lo dijo don Diego, ahora
sobraránla novios: Dios
a los suyos no abandona.
¡Pobre inglés!, ¡que fin tan trágico
para alma tan generosa!
Lástima que Mariquilla,
no le quisiera (*registrando el pliego*).
Dos hojas
tiene sólo el testamento.
(*Leyéndolo*). ¡Infeliz!, otra persona
no tenía a quien amara
en este mundo..., ni otra
con quien vínculos de sangre
le unieran... a nadie toca
legalmente ni un ochavo
de fortuna tan monstruosa.
Y todo está terminante,
sin trabas: todo denota
su previsión, su absoluta
voluntad... «para que escoja
marido a su gusto... o viva

independiente y disponga
de lo heredado a su antojo,
lo dé o lo queme...», ¡estrambótica
idea!, pero ¡qué alma,
qué fe tan caballerosa!

Yo por mí..., ¡quiá!, mas por ella:
pues la Providencia próvida
nos lo depara... y no hay
daño ajeno... y no sonroja
lo bien hallado... yo acepto...
y hasta que sea señora
de sí misma mi pobre hija
lo ignorará. Sólo incoa
en mí autoridad sobre ella.
Marica puede que oponga
que es el precio de su vida;
mas aún es menor... y sorda
a cuanto dijo don Diego
menos a lo de la boda
de Fermín, no atendió a más
y lo de la herencia ignora.
Yo me las compondré solo,
el dinero nunca sobra.
Sí: mañana me la llevo
a Madrid: y si la enoja
Madrid, a donde la plazca;

toda España, toda Europa,
todo el mundo a su capricho
la puedo hacer que recorra,
con tal de que se consuele
y olvide y sea dichosa.
Sí: acepto, y mañana... ¡fuera!,
¡que más no vea estas costas,
donde siempre zumba el viento
y rugen siempre las olas!
¡Que no vea más ni trate
más con esta gente tosca,
que de su amor se ha reído
y al otro por rico abona.
¡Vaya si acepto!, que sea
millonaria..., por remota
que esté la tierra que elija,
la compraré una corona
si la quiere —¡y la del humo!
¡fuera de aquí! —un saco de onzas
en el arzón y a caballo:
así como así ella monta
como un dragón: me la saco
sin equipaje y sin ropa
como a paseo, y de un pueblo
a otro... ¡al nuestro, mamola!
¡Pobre hija de mis entrañas!,

duerme, mañana a estas horas
comenzarás otra vida
mejor en mejor atmósfera.»

Y así a sí mismo diciéndose
don Juan, encierra en la cómoda
del inglés el testamento;
va en puntillas a la alcoba
de su hija a escuchar, y todo
creyéndolo en sueño, sopla
el velón, se acuesta a oscuras
y se duerme sin zozobra.
—¿Quién ha de culpar a un padre
que lo olvida y lo ambiciona
todo, y sobre todo pasa
por una hija a quien adora?

Dios le dió un sueño tranquilo:
cuando despertó, en las copas
de los castaños ya el sol
reverberaba, y la aurora
iba ya lejos: don Juan
de su modorrera insólita
se extraña y se viste aprisa,
y a medio vestir se asoma
por la vidriera entornada:
mira, escucha... y ni una mosca
siente en su casa: y silencio

tan absoluto le azora.
Corre a la alcoba de su hija;
no está en ella: cuidadosa
ha recogido su cama
como siempre: él lo inspecciona
todo y todo lo halla en orden:
sólo ella falta. Interroga
a los criados, ninguno
sabe de ella: aunque no asombra
su ausencia a nadie, sabiendo
que mil veces abandona
la casa rayando el alba:
mas ya a don Juan no acomoda
aquella vida de su hija,
y él mismo encaparazona
su caballo, y a buscarla
se encamina hacia las rocas
del bufón: recorre atento
sus vericuetos, sus lomas
sus tojos y sus breñales:
la llama, y su voz prolonga
lúgubre el eco, sin que ella
se presente ni responda.

No está allí: se habrá ya vuelto
a casa: a ella se torna,
mas no ha vuelto, y en su alma

un vago recelo brota.
¿Dónde habrá ido?... ¿Si a Andrín
de pormenores curiosa?
Corre a casa de don Diego,
y su demanda le colma
de asombro; nadie la ha visto
por Andrín: don Juan se informa
de todo el mundo, y ninguno
razón le da: y le acongoja
la duda, le angustia el miedo,
y la inquietud le sofoca,
y siente invadirle el vértigo,
mas no se descorazona.

Él encontrará su huella:
paga para que recorran
la comarca a cuantos quieren
servirle: requisitorias
pide al alcalde que mande
por todas partes: y llora
y reza, a Dios y a los hombres
pidiendo que le socorran.

Y pasa el día, y la tarde
trascurre, y el sol tramonta,
y el crepúsculo se espesa,
y la noche cierra lóbrega...
y la media noche avanza...

y don Juan, a quien devora
la fiebre..., ya con la vista
extraviada, la faz roja
por la congestión sanguínea
que al cerebro se le agolpa,
ve que su vida se acaba,
y su agonía se dobla
porque a la luz de su vida,
que siente a apagarse próxima,
no viene la hija de su alma,
no acude su Mariposa.
¡Ay! ¿Y qué es de ella? —¡Quién sabe!
La Ondina que se halló sola
en la tierra, hija del agua,
tal vez se volvió a las ondas.
¿Quién sabe? —El ángel que vino
la tierra en humana forma
a habitar, tal vez su pena
cumplió y se volvió a la gloria.
¿Quién sabe?, el mundo está lleno
de misterios, que son obra
tal vez de la fe divina,
tal vez de ilusión diabólica.

El cantar del romero

TERCERA PARTE
VUELTA

I

Todo en la tierra se olvida,
todo el tiempo lo confunde,
todo cae, todo se hunde
en la nada con la vida.

Quien muere..., ¡a la eternidad!,
quien tras él queda..., ¡a vivir!
mas ¿quién sabe con verdad
cómo y cuándo ha de morir?

Mientras le viene siguiendo,
nadie sabe hasta que cae
en la eternidad, viviendo,
lo que la muerte le trae.

Fuerza, juventud, riqueza,
preciso que viváis es
con Dios sobre la cabeza,
la tumba bajo los pies.

Eso es la vida; eso el hombre:
ir unos de otros en pos,
dar al olvido hasta el nombre:
pero al morir, dar con Dios.

Todo en la tierra se olvida,
todo el tiempo lo confunde,
todo cae, todo se hunde
en la nada con la vida.

Dos días vive la rosa,
dos noches el tulipán...
¿Quién piensa ya en Mariposa?
¿Quién se acuerda de don Juan?

Dos años ha que se fueron:
dos días de ellos se habló...
con las hojas que cayeron
el aire se los llevó.

Mas nadie ande con descuido
en los muertos sin pensar,
que hay muertos que en el olvido
no se dejan bien echar.

¡Bah!, nadie vuelve: la llave
de las tumbas guarda Dios.
Ninguno ha vuelto. ¿Quién sabe?
Se cuenta de más de dos.

El cantar del romero

II

Ninguno vuelve jamás:
pero los que bien les quieren
a mirar a los que mueren
vuelven los ojos atrás.

Nosotros, los que escribimos,
en el papel que entintamos,
de muchos nos acordamos
y aun a algunos revivimos.

Yo no me quiero mover
de Vidiago, sin contar
en lo que vino a parar
aquel primor de mujer.

Don Juan en su hora postrera,
como noble y buen cristiano,
tuvo médico, escribano

y cura a su cabecera.

Lo del inglés aceptó
para su hija, si volvía,
y en Londres lo retenía
el juez a quien se fió.

Don Juan por testamentarios
dejó en legal escritura
al escribano y al cura,
de su haber depositarios

y de su hija curadores;
y los dos, de ella en ausencia,
legalmente de la herencia
son los administradores.

Mas la chica..., se perdió:
y la opinión popular
aceptada era que al mar
o se cayó o se tiró:

no se pudo averiguar
qué fué de ella: no volvió,
ni se pudo, si se ahogó,
de su cuerpo el rastro hallar.

El cura y el escribano
administran en conciencia
de Mariposa la herencia,

aunque aguardarla es ya en vano

sin duda alguna; mas creen
que, mientras no está probada
su muerte, debe esperada
de ser; y a todo proveen.

De la casa, que es muy buena,
fué de lo que desde luego
se ocuparon, y a don Diego
se la ofrecieron. Sin pena

lograron de él que a vivirla
viniera, en arrendamiento
tomándola: con intento
tal vez después de adquirirla

si más tarde se vendiera;
pues quiere en Vidiago casa
don Diego, porque no pasa
por Andrín la carretera.

Don Diego, pues, la arrendó;
y o porque mal no se arguya
de él, o por darla por suya
ya, como tal la cuidó.

Y ya por falta de espacio
para su trato o por loco
capricho, fué poco a poco

haciendo de ella un palacio.

Cambió en clara galería
su mezquino ventanaje,
y apoyó un gran balconaje
en una esbelta arquería.

Convirtió el huerto en jardín,
y tras él un prado abierto
compró y cercó, e hizo un huerto
y un pomar; la casa, en fin,

sufrió tal transformación
y es tan otra de lo que era,
que si vuelve la heredera
no va hallar su posesión.

Lo exterior, bien entendido;
porque en torno la ha ensanchado,
pero la antigua ha dejado
dentro de lo construído:

de modo que, si volviera,
su casa en palacio hallara
trocada; pero encontrara
entrando en él la heredera

todo como lo dejó;
lo antiguo a lo nuevo anejo,
su cámara con su espejo

de vestir: cuanto ella usó

en roperos y en armarios
metido: y la de don Juan
y la suya, que aún están
con sus muebles ordinarios.

Capricho de rico, o acto
de respeto a lo que fué,
todo está en el mismo pie
con el orden más exacto.

Del tráfago a lo exterior
relegó sus dependencias
don Diego, y las asistencias
del servicio a lo interior.

Desde allí escribió a su hijo
todo lo que había pasado;
y él su vuelta le ha anunciado,
aunque sin término fijo,

en dos o tres cartas ya,
y ya don Diego aguarda
dos meses ha; y como tarda,
ya inquieto por él está.

Mas no viene aquí a instalarse,
no; sino a dar un abrazo
a su padre y un vistazo

al país: a refrescarse

la memoria de su infancia
con los recuerdos, y aliento
a tomar del patrio viento,
respirando la fragancia

de sus yerbas campesinas,
sus castaños y nogales,
y los efluvios vitales
que traen sus auras marinas.

Viene como un millonario,
que entre uno y otro negocio,
va a tomar un mes de ocio
en su hogar hereditario.

Viene como un gran señor
a ver su pueblo y familia,
a quienes gracioso auxilia
y al venir hace favor;

y viene porque don Diego,
al darle de todo aviso,
le dió por sin compromiso
ya, y exento desde luego

de encuentros inconvenientes
y retrospectivas futiles;
que siempre, por ser ya inútiles,

paran en impertinentes.

Viene, en fin, por la jactancia
natural y vano empeño
de ir a donde fué pequeño
de grande a darse importancia.

Con que, tras largas esperas
desembarcó en Santander,
y llegó a todo correr
en un coche de colleras.

Salió todo el mundo a verle;
vinieron todos a darle
la bienvenida, a abrazarle,
felicitarle y molerle.

De Riego, Puertas, Andrín,
y de Buelna y de Pendueles,
vinieron cien siempre fieles
amigos de don Fermín.

Él acogió sin desdén
a todos franco, jovial,
y afectuoso: con lo cual
pareció a todos muy bien.

Y parecerlo debía;
porque a fe que daba gozo
verle hecho todo un buen mozo

y con el tren que traía.

Volvía gordo y crecido,
patilludo y bien plantado;
en suma, como anunciado
lo había él: desconocido.

Dejáronle libre al fin:
y en su casa se metió;
y en Vidiago y en Andrín
toda la noche se habló
de la vuelta de Fermín.

El cantar del romero

III

Don Diego, desde que vino
a Vidiago a establecerse,
simpático supo hacerse
con todos por buen vecino;

y cuando en viaje no andaba
por su tráfago y asuntos,
a uno o a los tres juntos
a su mesa convidaba

tres amigos cada día:
al cura don Gil Merás,
al escribano don Blas
y al doctor don Luis de Eguía.

La noche, pues, que llegó
cenó Fermín con los tres,
y de Méjico después

de sobremesa se habló.

Fermín se había hecho otro hombre
del que fué muy diferente;
no traía, era evidente,
del que se fué más que el nombre;

prudente, atento, formal,
de esmerada educación,
de seria conversación,
en suma, un mozo cabal.

Expuso con mucho tacto
su posición con su tío;
que era alegre, pero frío
en los negocios y exacto

por demás: de gran sentido
práctico, de muy profundo
conocimiento del mundo
y del corazón: metido

en la sociedad de fuero
y blasón por su nobleza
astur, y por su riqueza
minera en la del dinero.

Fundó su condición brava
y tesón autoritario
en el rigor necesario

con la gente que empleaba;

y explicó su casamiento
como el más sencillo caso,
y el solo y preciso paso
para su establecimiento.

Su mujer, dijo, era hermana
de la de su tío, y era
de las dos la mina entera
con que aquél millones gana.

Dijo el tío: «de dos una:
o la tomas por mujer,
o a Asturias te hago volver
a que chifles a la luna.»

«Mucho, en verdad, me costó;
más de año y medio luché...
creo que decir por qué
no necesito aquí yo.»

Y dijeron todos: «no»,
y él dijo: «así me casé»
y de ello más no se habló,
y no había para qué.

Y el cura, que es campechano,
y el doctor que bebe mucho,
y don Blas, que muy machucho

tampoco es, aunque escribano,

brindaron por su mujer,
y volvieron a brindar,
y estaban en tren de estar
brindando hasta amanecer.

Mas Fermín, que era muy otro
del que era a Méjico al ir,
dijo que se iba a dormir;
y era que estaba en un potro

temiendo a su padre ver,
y con él a amigos tales,
de juicio poco cabales
por honrar a su mujer.

Salvóse, pues, el honor:
y de allí calamucano
no salió ni el escribano,
ni el capellán, ni el doctor.

Padre e hijo se encerraron
en su cuarto cada cual:
pero Fermín durmió mal;
mil recuerdos le asaltaron

en aquel cuarto en tropel,
¿Por qué su padre vivía
en una casa en que había

tantos tristes para él?

El cantar del romero

IV

En el corazón humano
no ve nadie más que Dios,
y ésta es una historia oscura,
porque lo es del corazón.
Fermín se fué por dinero
para lograr el amor
de una mujer, y con otra
en Méjico se casó.
Según dice, luchó un año
y medio con su pasión:
año y medio..., no fué mucho;
su tío se la apagó
en el pecho en donde ardía,
con un soplo tan traidor
como constante y seguro
por su fija dirección.

Su tío era un tío antiguo
para quien no había —no—
de los del antiguo régimen,
de carácter y tesón:
aunque era manso y flexible
cuando le iba bien y en pro
Su tío le dijo: «es fuerza
darte nueva educación»:
y hora por hora tres años
en educarle empleó
a su modo: no dejándole
la más leve aspiración
propia de él, ni tener suyo
el pensamiento menor,
ni un instante sin asidua
y precisa ocupación.

Halagando su esperanza
e inculcándole el temor
de perderse él y a su padre,
que al enviarle en él fió,
hasta le dictó sus cartas
de estilo y de corrección
con pretexto; y explotando
su amor filial, le fundió
y le amoldó; y otro haciéndole,
por interior y exterior,

le dió otra forma y espíritu:
hasta que ni vió, ni oyó,
ni pensó más que a su antojo:
y echándole en el turbión
de los negocios, haciéndole
viento coger y favor
a su sombra y a su nombre,
y su orgullo y su ambición
fomentando, él, inconsciente,
a sí se le asimiló:
de él hizo un socio forzado,
mercantil, calculador,
frío, práctico, hecho en todo
a ver la especulación,
a buscar la utilidad,
a seguirla ojo avizor,
con constancia, sin caer
en falta ni en distracción,
sin dejarse seducir
por nada alucinador;
y cuando fué lo que él quiso,
un otro él, él uno en dos,
el tío con su cuñada
y su caja le casó;
y él se cargó con la mina
de que propietarias son

las hermanas, y de que él
fué el único explotador,
Fermín el único socio,
sus dos nombres la razón
social, y las dos hermanas
dos peces en red de amor.
Si Fermín de amor guardaba
un recuerdo, una ilusión,
un átomo..., con sus besos
su mujer se lo quitó;
de él le lavó el alma el cura
con su santa bendición,
y el primer hijo, el pasado
de su memoria borró;
y el corazón que tenía
perdió con el viejo amor.

Todo ello muy natural,
muy común, muy en razón,
muy conforme con las leyes,
con el mundo y con su honor...,
mas, ¿por qué diablos volver
a Vidiago imaginó
Fermín, si allí hallar podía
otra vez su corazón?

.....

Don Diego, inconscientemente,
a Fermín aposentó
en la cámara que fué
de Marica habitación.
Fermín debió de dormir
mal; porque se levantó
temprano, ojeroso, pálido
y por vaga distracción
dominado; durmió poco,
bebió agua pura, y no habló
más que lo de que en la mesa
hubo de hablar precisión.
Pasó el día en visitar
los amigos que dejó
y los que adquirió su padre
al cambiar de posición.
Anduvo a pie y a caballo,
y si no en su buen humor
se repuso, el ejercicio
casi le tranquilizó.
Don Diego a sus comensales,
por procurar distracción
a Fermín, diariamente
que vinieran suplicó
a su mesa; y de los cuatro
amigos la reunión,

la vaguedad de Fermín
de disipar acabó.

Dos días así pasaron;
el tercero, casi el sol
despuntando, de su casa
salió Fermín como en pos
de aire y luz; echó al azar
y sin fija dirección
por el pueblo, del cual pronto
como es pequeño, salió:
y como una cordillera
acota la población
por un lado, por el otro
naturalmente, tiró.
Tampoco allí el campo es llano,
mas no hay por allí espesor
de árboles, y allí se abarca
un ancho y doble jirón
de cielo y tierra, y del mar
se oye el cercano rumor,
y se respira una atmósfera
que vivifica el pulmón.
Iba Fermín sin mirar
a dónde, a su alrededor
hallando en peñas, breñales
y sendas una porción

de objetos que conocidos
le eran, y que a su anterior
existencia transportando
iban su imaginación.

Por mucho que al hombre cambien
de la fortuna el favor,
la ausencia, el tiempo, los vicios,
cuanto implica variación
en su ser, conserva siempre
por el sitio en que pasó
su niñez y juventud
tierna e íntima afección:
y Fermín iba sintiendo
de un tiempo ¡tal vez mejor!
mil recuerdos que bullían
de su mente en un rincón.

Así inconsciente, sin rumbo
y ensimismado vagó,
viendo y oyendo del mar
el murmullo, y del chirrión
que sigue la carretera
el chirrío, y del pastor
el silbido, y el cencerro
del jato que muge en pos
de su madre, y la campana
del ángelus, y el rumor

del maizal, cuyas hojas
el céfiro juguetón
besa y mece; y sobre él pasa
el cuervo picoteador
sin verle, ni a la gaviota
que imitando al alcyon
en la espuma de las olas
se deja ir, ni la flor
que pisa en su imaginaria
retrospectiva abstracción.
Y cabizbajo, los brazos
suspendidos sin vigor,
sin percepción ni conciencia
de sí mismo, se paró
maquinalmente en un sitio;
y como si una atracción
oculta le retuviera
allí, allí permaneció
torvo, inerte, a sus ideas
dando en tal divagación
libertad, y errar dejándolas
como exhalado vapor
de su espíritu en los ámbitos
de esa infinita región,
de la eternidad vestíbulo,
velo de la faz de Dios:

y allí estaba de pie, inmóvil
y mudo, cuando veloz
cruzó una ráfaga el mar
y sus ondas encrespó.

Al mismo tiempo tras él
un bufido aterrador,
un espantable baladro,
un rugido hondo y feroz,
parecido al repentino
resoplido de un león
de debajo de la tierra
sacudiéndola salió.
Volvió en sí, volvió espantado
la cabeza a tal fragor,
reconoció el sitio: estaba
a la boca del *bufón*.

Avanzaba la marea,
la ráfaga se creció
a vendaval, el nublado
vino a oscurecer el sol:
y del *bufón* en el fondo,
del agua entre el borbotón,
oyó clara, inconfundible
con ningún otro rumor,
resonar lenta, tristísima,
del romero la canción.

«La miel del amor primero
del cielo tiene sabor.
La abeja la flor le liba al romero
zumbando en redor.
Ven, ven, que te espero aquí con mi amor.

Yo contra tu olvido espero
que Dios me dará favor.
La abeja la flor le liba al romero
zumbando en redor.
Ven, ven, que te espero... te espero... te espero
aquí con mi amor.»

Fermín oía espantado
brotar y hundirse este son
con el agua. —¡Era Marica
quien cantaba..., era su voz!
¿Dónde estaba? ¿Allí? Imposible:
barre el mar el socavón,
no hay entrada ni hay salida,
ni hay vital respiración
en aquel antro..., no hay vida
posible allí... y la canción
suena y suena, y él escucha:
es ella, sí: su razón
con los sentidos en lucha
no da con explicación.
Y escucha, y escucha. ¡Es ella

o su espíritu! En redor
de Fermín comenzó el mundo
a girar... y aquella voz
seguía cantando, y él
oyéndola con pavor...
hasta que el frío del miedo
de sentidos le privó.

* * *

Dos horas después entraba
trémulo en su habitación:
su padre le dijo: «¿quieres
algo?; y él dijo: «no».

El cantar del romero

V

Pasó aquel y el otro día:
pasó Fermín uno en cama;
y el ver que lo que tenía
decir a nadie quería,
de todos la atención llama.

Quísole el doctor pulsar,
y hablarle a solas el cura:
mas fué inútil porfiar,
él no quiso confesar
pecado ni calentura.

La tercera noche, estando
los cinco de sobremesa,
así diálogo entablando
con su padre, y así dando
a los cinco gran sorpresa,
dijo Fermín: —Me voy.

D. DIEGO. ¿Cuándo?
FERMÍN. Mañana.
D. DIEGO. ¿Por qué tal priesa?
FER. No quiero estar aquí más.
D. DIEGO. Pero, ¿por qué?
FER. Porque no.
D. DIEGO. Pero, ¿tan mal aquí estás?
FER. Muy mal.
D.DIEGO. Pero, ¿a dónde vas
y por qué así?
FER. ¡Qué sé yo!
mas he de irme sin remedio
de aquí.
D. DIEGO. Pues ¿qué te da tedio
aquí? ¿Es el país? ¿La gente...,
yo?
FER. Nadie absolutamente:
mas me voy.
D. DIEGO. Pero, ¿no hay medio
de enmendar lo que te enoja,
de apartar lo que te estorbe?
FER. Padre, doblemos la hoja:
no es causa que está en el orbe.
D.DIEGO. ¡Dios!
FER. Él es.
D. DIEGO. ¿Quién es?

FER. No sé:
pero me ahuyenta de aquí,
y aquí jamás volveré:
y es... ¡que no sé dónde iré
que no venga tras de mí!

Y sin pasar adelante
ni dar datos más exactos,
Fermín se cubrió el semblante:
quedando ante él, un instante,
los demás estupefactos.

Pero todos consolándole
a porfía y apremiándole
para que hablara, así, al fin,
a los cuatro, que escuchándole
callaban, dijo Fermín:

«Llegando junto al *bufón*
distraído antes de ayer,
oí que en el socavón
entonaba su canción
la voz de... aquella mujer.»
—Alucinación mental,
dijo el médico. —¡Misterio!,
dijo el cura. —Oíste mal,
dijo don Diego. —No tal,
dijo Fermín: y muy serio

dijo don Blas: —Lo fatal
es que en ningún cementerio
tiene nicho sepulcral.

A esta observación siniestra
que estremeció a los demás,
dijo el doctor: —¿Quién demuestra
que no es aberración vuestra?
Y Fermín dijo: —Es que hay más.
—¡Más!, dijeron a la vez
todos: y echaron la mano
a su copa de Jerez,
el primero el escribano
y tras él todos. —¡Pardiez!,

exclamó el médico, que era
un poco materialista,
y que fué en su edad primera
militar y calavera
y muy bravo y muy bromista:

¡Pardiez!, ahoguemos en vino
toda la superstición
que tenga en su corazón
cada cual, y no de tino
nos saque una aberración.

Fermín bien puede afirmar
que oyó su voz, y en conciencia

creerlo; pero la ciencia
sabe que puede turbar
la pasión su inteligencia,

y curarle es mi deber,
si adolece. —Sí, doctor;
dijo Fermín; si eso hacer
podéis, me haréis el mayor
bien: mas no vais a poder.

—Lo veremos; mas bebamos:
bebed, Fermín, también vos.
Y dijo el cura: —Seamos
cristianos buenos, y oigamos
con fe en la ciencia y en Dios.

Bebieron, pero discretos,
como quien muy sobre sí
quiere estar y los objetos
ver bien; y atentos y quietos
todos, Fermín habló así:

«Mi repentina partida
obedece a una razón,
que por la mía perdida
no puede ser comprendida,
mas sí por mi corazón.

Oíd sin interrumpir.
Ya van dos noches que al ir

a acostarme, en cuanto dejo
la bujía ante el espejo,
aquel grande de vestir,

comienzo a oír su cantar,
y comienza a aparecer
poco a poco y a crecer
tras del cristal y saltar
fuera de él... una mujer.

¡Ella, sí!, viene trayendo,
de su canto al triste son,
su relicario; y entiendo
que viene por él pidiendo
la cruz de su redención.
—¿Muerta o viva?
—No lo puedo
dudar: muerta. ¿Quién la evoca?
No lo sé: yo retrocedo
ante ella, y ella me toca
aquí el pecho con un dedo.

Le siento y me aterroriza:
que el cabello se me eriza
siento y que un frío glacial
la vida me paraliza,
y caigo en sopor letal.

No sé más; en mí al volver,
mientras que recobro el ser,
allá en el cerebro hueco
aún del cantar siento el eco,
mas no hallo ya a la mujer.»

Fermín calló, y cada cual
al caso aplicó el criterio
que tenía, bien o mal.
—*Alucinación mental*,
repitió el doctor. —*Misterio!*,
repitió el cura. —*¡Fatal*
signo es, repitió muy serio
don Blas, *ver el cementerio*
sin su nicho sepulcral.
Y quedó bajo el imperio
de la duda cuestión tal;
y ¿quién sabe en qué hemisferio
tendrá solución final?

.....

Tras el relato aflictivo,
por un intervalo corto
cada cual, no sin motivo,
quedó mustio y pensativo
y de lo escuchado absorto.

Fermín, apenado y mudo,
de aquella consulta espera
contra pesar tan agudo
un consejo concienzudo,
un lenitivo cualquiera.

Don Diego permanecía
afligido y cabizbajo:
el ceño el doctor fruncía,
y su inquietud contenía
don Blas con mucho trabajo.

El cura, cristiano viejo,
que cree en Dios a pies juntillas,
sobre aquello del espejo
a Dios le pide consejo
mirando al cielo a hurtadillas.

El doctor, interrumpiendo
de todos las reflexiones
y las suyas resumiendo,
dijo, por fin, exponiendo
su opinión, estas razones:

«Por un repentino quiebro
dado por el corazón,
se ha efectuado en el cerebro
sensible perturbación.
Hay una alucinación

que desde él a la retina
pasa y que la determina
acción que del alma viene;
mas para el alma no tiene
remedios la medicina.

Por esta noche, dormir;
don Gil y yo velaremos
aquí; y mientras aquí estemos,
la mujer no ha de venir.
La decisión de partir
mañana es buena: mudar
lo más pronto de lugar;
y pues *allá* está el deber:
¡al mar!, porque esa mujer
se ve que no pasa el mar.

Bebed y brindad, Fermín,
por la de allá y por los hijos;
si los pensamientos fijos
tenéis allá... aquí dió fin.
Bebed un poco: el magín
necesita algún vigor,
y el estómago calor
contra la debilidad
que exalta la idealidad;
con que... ¡al mar el viejo amor!

Así habló el doctor Eguía
y apuró la copa entera;
y mientras Fermín bebía
otra de añejo madera,
le miraba y sonreía;

y por su anterior monólogo,
se ve que era un buen fisiólogo
y hombre de mundo y de práctica:
mas el cura, que es buen teólogo,
le secundó con más táctica.
Fuése a Fermín y le dijo
con cariño: «Fermín, hijo,
el doctor dice muy bien:
mas confía en Dios también,
que es lo primero y lo fijo.

Oye: pues *eso* que ves,
ser o visión, te le ofrece,
que la tomes me parece
su relicario y la des
tu cruz; mas bueno es que estés
muy sobre ti; si es palpable
realidad, ásela y que hable;
si es fantasma, es imposible
que pueda prenda tangible
traerte un ente impalpable.

Si es cierta la tradición
y es su alma, en cambiando prenda
se irá: pero a que se venda
fuérzala si no es visión.
Realidad, pues, o ilusión
de extravío cerebral,
ten fe y a su encuentro sal;
porque diabólico o santo,
hay que romper el encanto
de esa aparición fatal.

Vamos, Fermín, hijo mío:
entra en tu aposento ahora
y por un rato, una hora,
busca un entretenimiento:
no te acuestes al momento,
lee... o escribe a tu mujer
frente al espejo: si el *ser*
te se aparece, la puerta
no cierres; desde aquí, alerta,
nosotros... la hemos de ver.
¿Te avienes a esto?

FERMÍN. Me avengo.
EL CURA. Pues en Dios tu fe coloca.
¿Tienes tu cruz?
FER. Sí la tengo.
EL CURA. ¿Dónde?

FER. Aquí.
EL CURA. ¿Donde te toca
su dedo?
FER. Sí.
EL CURA. Pues me atengo
a Dios y a la tradición.
FER. ¡Creéis que es...
EL CURA. Ten corazón:
aunque sea, en cuanto tienda
la mano, cambia de prenda:
fe rota, rota la unión.»

Y mientras esto decía
y al cuarto a Fermín llevaba,
el doctor les escuchaba
y oyéndolos sonreía.
El médico en Dios creía,
pero no en la tradición;
y a que era alucinación
y no visión atenido,
decía: «¡Bah!», una vez ido
él... ¿quién piensa en tal visión?

El cantar del romero

VI

Todo el que cree que un alma ha recibido
de un Sumo Creador de tierra y cielo,
y que algo espiritual desconocido
en torno bulle del terrestre suelo,
cuando le cuentan algo acontecido
de espiritual misterio bajo el velo,
aunque no pueda ser, siempre en él queda
un recelo interior de que ser pueda.

Y esto sentado, porque así lo siento
yo, que creo que mi alma de Dios tiene
algo que es de mi ser el fundamento,
y porque a mi relato así conviene
para la escena que tras esto viene,
sigo y voy adelante con mi cuento.

Es una hora después: están... entrada
la noche, la familia recogida,

atizado el velón, la mesa alzada,
mas de licor sin el mantel servida,
los cuatro en su redor de sobrecena,
la partida de báciga entablada
para pasar de espera la velada,
y en su cuarto Fermín: ésta es la escena.

Juegan y beben: mas en bien, sin vicio,
sin interés y sin exceso; tienen
del cuarto de Fermín mal en el quicio
encajada la puerta, y se mantienen
ojo avizor a él por el resquicio.

Escribe ante el espejo: de su pluma
sobre el papel se siente el ruido leve;
y adelanta la noche, y nada, en suma,
en lo interior de la mansión se mueve.

El tiempo al transcurrir da confianza
al que con miedo o inquietud espera
algo que tarda en suceder; y crece
según crece el retardo su esperanza;
y según se retrasa, le parece
que el mal o pesadumbre venidera
no ha de venir en pos de tal tardanza;
y se distrae al cabo, y es preciso
que le coja el suceso de improviso.

El de Fermín era algo misterioso
en verdad: y a pesar de la firmeza
del médico, del clérigo el reposo,
de don Blas el buen juicio y de don Diego
la calma, les bullía en la cabeza
la tal visión y les turbaba el juego;
porque al héroe más grande preocupa
andar con un espíritu a la grupa;
y aunque el suyo a leer no da ninguno,
el pensamiento de los cuatro es uno.

Y he aquí de cada cual el pensamiento:
si es alucinación, sólo es un cuento;
mas si es aparición, es caso grave
el que espera Fermín en su aposento
y del que ellos están con ojo atento,
no muy tranquilos, por coger la clave:
y más que una imprevista pesadumbre
causa afán una larga incertidumbre.

El juego marcha, pues, muy distraído;
las copas no se apuran muy aprisa,
la plática no va muy de corrido,
y en carcajada sin parar la risa,
el movimiento es poco y poco el ruido.

Don Luis de cuando en cuando se chancea,
don Juan alguna vez duda y medita,

don Blas alguna vez falla y trampea,
don Diego el ojo del reloj no quita;
mas nadie hace el audaz, nadie alardea
con lo que a todos en secreto agita;
aunque esta agitación, tal como sea,
cada momento más se debilita:
porque si por la casa se pasea
de noche algún fantasma que la habita,
esta noche, que verle hay quien desea,
ni una mosca en la casa se menea.

Algo, empero, en la atmósfera vagaba,
que alimentaba la inquietud oculta
que esquivo cada cual disimulaba:
algo que al pensamiento pone traba,
que su vuelo limita y dificulta
fijo en algo con faz de sombra inulta,
en ese algo que, si es, de ser no acaba.
.....
.....
De Fermín en el cuarto en tal instante
se percibió rumor de movimiento:
miran: se va a acostar; quita su asiento
y la mesa en que ha escrito de delante
del espejo; en su sitio la coloca
sin nada, al parecer, que le impresione,
y a meterse en la cama se dispone.

Aquí cauto el doctor junto a la boca
la mano en hueco para hablar se pone,
y dice en baja voz: «¿Veis cómo es obra
de su imaginación? Sólo a la idea
de que estamos velándole, recobra
la razón que hace ya que no la vea.

Dejémosle... ¡Silencio! Si se duerme
sin volverla a ver hoy... ¡fuera mañana
de Vidiago con él! y queda inerme
y sin poder sobre él su aprensión vana.

No nos movamos, pues; ruido no hagamos
y dejémosle en paz que coja el sueño;
si duerme... aunque nosotros no durmamos,
de sí mañana que despierte dueño.»

Dijo el doctor, sentóse; y persuadidos
de que tiene razón, con más sosiego
volvieron, siempre atentos los oídos,
las copas a llenar y a empezar juego.

Mas la baraja apenas en la mano
tomó el doctor y del licor don Diego
un frasco, cuando un eco sobrehumano
un ¡ay! de sentidísimo quejido,
un hondo y extrañísimo lamento
de un murmurio melódico seguido,
se exhaló de Fermín del aposento:

y detrás de aquel ¡ay! que desgarraba,
el *cantar del romero* susurraba.

Los ojos dirigir desencajados
casi no osaban al resquicio abierto
para ver... y al mirar, paralizados
los cuatro se quedaron... ¡Era cierto!

Leve, cual si la tierra no tocara,
iba a través del aposento, y dando
la espalda a ellos y a Fermín la cara,
Mariposa a Fermín acorralando.
Era su aparición, visible, clara,
o era ella misma su canción cantando;
era la aparición de la leyenda,
que volvía insepulta por su prenda.

Ella su relicario le ofrecía
y a do él lleva su cruz tendía el dedo,
y trémulo Fermín retrocedía
ante aquella visión frío de miedo:
y ya cerca del pecho la sentía,
cuando oyó al cura, aunque lo dijo quedo,
«¡da y toma!», a cuyo aviso, temerario
dió y tomó por la cruz el relicario.

Al cambio... recobró por la pérdida
nueva vitalidad su carne humana:
la insepulta mujer volvió a la vida

y a su ser la amantísima aldeana:
tornó a su fresca juventud florida
y tornó a su hermosura soberana;
y haciéndolos de amor vivientes lazos,
al cuello de Fermín echó sus brazos.

Al contacto vital, móvil, latente
de su cuerpo, Fermín no pudo, esquivo,
permanecer, y con ardor vehemente
aquel cuerpo abrazó que sintió vivo.

«¡Vives!»—la preguntó casi demente
cambiando un beso, de los dos furtivo;
«No» —dijo la mujer: muerta te espero;
«tú nuestras almas desligaste, y muero.»

Y perdiendo sus miembros la firmeza,
volviendo a gravitar sobre sí misma,
dobló hacia atrás su pálida cabeza;
de sus ojos un iris, cual de un prisma,
brotó irizando la sombría pieza
do nació y muere: y él, a quien abisma
en la locura lo que ve, soltóla
y a sus pies la dejó tendida y sola.

Como en poder de voluntad ajena
que a su influjo las suyas encadena,
presenciaron los cuatro haciendo asombros,
sin comprenderla bien, aquella escena;

hasta que al ver que suelta de los hombros
de él Mariposa ante sus pies caía
y él mal en la pared se mantenía,
venciendo su estupor, a él acudieron;
y antes de que Fermín en tierra diera
sin sentido, en los brazos le cogieron.

—¡Pronto, dijo el doctor, con él afuera!
Que no la vea más: que en esta casa
no vuelva en sí otra vez: en la litera
metámosle, y a Andrín: que lo que pasa
aquí no sepa nunca: así le haremos
creer que todo ha sido una quimera.
—¿Y ella?, preguntó el cura. —Volveremos,
dijo el doctor, pulsando a Mariposa;
y al percibir, absorto, sus extremos
rígidos ya y helados, y su eterna
y pronta rigidez cadaverosa,
se preguntó a sí mismo: «¿Cómo y dónde
pudo ser que hasta ahora se escondiera?»

Dijo el cura: —Un misterio es lo que esconde
esa carne mortal seca y terrosa.
Mas el doctor, alzándose, responde:
—No perdamos el tiempo y divaguemos;
con ésta no tenemos otra cosa
que hacer más que enterrarla: despachemos,
y de él, que puede enloquecer, cuidemos.

A Fermín de la cámara sacaron,
la echó la llave el médico por fuera
y al cura se la dió. Se apresuraron
a meter a Fermín en la litera
y a la casa de Andrín se lo llevaron;
sin que nadie del trance que pasaron
en Vidiago ni Andrín se apercibiera.

Era ya media noche: no lucía
ni una estrella; con nadie tropezaron;
todo en tinieblas y en quietud yacía.

El cantar del romero

VII

CONCLUSIÓN

Iba ya a amanecer: imperceptible
casi, un albor que aun no era luz, del monte
delineaba el perfil casi invisible
todavía en el cóncavo horizonte,
por encima del cual iba a la hora
a despuntar el sol tras de la aurora.

Nada aún en Vidiago se movía,
ni había aún abierta una ventana;
ni un pájaro en el nido todavía
el polvo de sus plumas sacudía
ensayando el cantar de la mañana:
porque sin luz de sol, no hay en noviembre
ave que cante ni gañán que siembre.

A través de la sombra, que no era
ya negra, sino gris, mas que confusa

no deja bien la forma verdadera
de los objetos distinguir, acusa
de su paso el rumor marcha de gente,
que avanza por la oscura carretera
viniendo hacia el lugar rápidamente.

Son tres, andan aprisa y hablan poco;
pero algo alguna vez se les atrapa
de lo que dicen: uno que en la capa
se emboza mucho cual si hiciera el coco,
decía: «y hoy nació si de esta escapa,
que temo aún que se nos vuelva loco;»
y dijo otro: «si hoy mismo para Vigo
se va, que Dios le salvará presumo»;
y el primero: «eso dije, y ¡fuera!, digo»;
y el tercero exclamó: «si, la del humo»;
y en el lugar entrando, desde luego
echaron hacia casa de don Diego:
y en tal plática, y tres, y allí..., es bien llano,
son el cura, el doctor y el escribano.

La casa de don Diego quedó abierta,
y con la prisa natural y empeño
de los criados en servir al dueño
en aquella ocasión, de ellos desierta:
nada más las mujeres, lo que pasa
sin comprender, quedaron en la casa:

Con que, en ella al entrar, del edificio
los bajos y exterior, cuadra, cochera,
cuanto en las dependencias del servicio
por acudir la gente a la litera
descuidado quedó, los tres cuidaron
de volver a ordenarlo de tal modo,
que no quedara rastro ni resquicio
del cómo y del por qué la abandonaron
horas antes: y al orden vuelto todo,
la escasa y femenina servidumbre
que apareció, sintiéndolos, mandaron
a emprender las faenas de costumbre;
y mientras esto a los tres entretenía,
alboreó, saltó el sol y fué de día.

Entonces en silencio la escalera
subieron todos tres; y claro era
que lo que a aquella casa a hacer tornaban
ya acordado traían, de manera
que en lo que iban a hacer no vacilaban.
Pero al subir, en su aire y movimientos,
tardos éstos y aquél algo abatido,
se leían sus tristes pensamientos,
recelos y tal vez presentimientos
por lo en aquella casa sucedido.

Y a fe que tras la escena imaginaria,
fatídica, letal, maravillosa

como acción de leyenda visionaria:
de aquella vuelta real y misteriosa
y aquel rápido fin de Mariposa,
visión primero torva y funeraria,
mujer viva y después fresca y hermosa,
no era, en verdad, apetecible cosa
el volver a la estancia solitaria
do su cadáver sin guardián reposa:
mas del cura, el doctor y el escribano
era la obligación, aunque enojosa,
la ley de oficio y el deber cristiano.

Creyente el cura, el médico curioso,
y un tanto el escribano receloso,
de la puerta al lindal del aposento
en que estuvo Fermín, con gesto grave
llegaron; y el doctor tras un momento
de espera al capellán pidió la llave.

Mientras en su ancho bolso la buscaba,
dijo don Blas: —Pues cosa un poco fuerte
va a ser. —¿El qué? —Legalizar su muerte,
de cierto sin saber dónde moraba.

El doctor, que es sabido que picaba
de algo materialista y positivo,
le respondió: —¡Bah, bah!, lo que de cierto
hay que saber para enterrar a un muerto

es que dejó de veras de estar vivo:
y ésta yo la pulsé, y de que dió fondo
en la mar de la vida, yo respondo.
Y de manos tomándola del cura,
vuelta a la llave dió en la cerradura.

Entraron: mas cerradas todavía
las maderas, la pieza estaba oscura;
el doctor del balcón la colgadura
corrió, le abrió y entró la luz del día,
y con ella en sus almas la pavura:
porque, muerto ni vivo, allí no había
nadie: estaba la cámara vacía,
y en lugar del cadáver solitario
que dejaron allí... su relicario.

¿Era verdad la tradición? ¡Quién sabe!
Eso dice el recuerdo legendario,
y de Dios en los juicios todo cabe.

Vidiago, 20 de noviembre de 1882.

Índice

El cantar del romero 4
El cantar del romero 9
El cantar del romero 11
El cantar del romero 16
El cantar del romero 22
El cantar del romero 25
El cantar del romero 29
El cantar del romero 31
El cantar del romero 32
El cantar del romero 43
El cantar del romero 51
El cantar del romero 59
El cantar del romero 66
El cantar del romero 72
El cantar del romero 76
El cantar del romero 90
El cantar del romero 107
El cantar del romero 114
El cantar del romero 127
El cantar del romero 130
El cantar del romero 138
El cantar del romero 143

El cantar del romero 154
El cantar del romero 166
El cantar del romero 175